EL BRAVO.

DRAMA ROMANTICO ESPECTACULOSO

EN OCHO CUADROS.

Traducido del idioma

FRANCES AL CASTELLANO

POR

D. B. Huninga y Manuel de la Escosura.



BARCELONA:

IMPRENTA DE I. ESTIVILL.

1839.

PERSONAS.

EL BRAVO.
SALSFIERI.
EL CONDE DE BELMONTE.
EL MARQUES DE RUFO.
LUIS, GONDOLERO.
UN SENADOR.
UN ESBIRRO.
UN GONDOLERO.
TEODORA.
VIOLETA, SU HIJA.
LAURA.
DOS ENMASCARADOS.
MAFEO.
PUEBLO.
MASCARAS.

La escena se supone en Venecia. La época en 1613.

CUADRO PRIMERO.

El teatro figura la habitacion del Bravo, en uno de los barrios mas retirados de la Ciudad. Tendrá una ventana abierta en el fondo, por la que se verá el golfo plateado por la luna.

Escena I.

Aparece el BRAVO *recostado en un sofá, con la máscara puesta, y* BELMONTE *en pie.*

Bra. A lo que veo, señor conde de Belmonte, vuestra visita nocturna no tiene mas objeto que hablarme de asuntos vuestros, y no de los de la República.

Bel. Tiene por objeto, pedirte un favor, y me figuro...

Bra. Que cumpliré lo que me mandeis, lo mismo que si viniéseis de órden del consejo de los Diez.

Bel. Del cual no debes olvidar que soy miembro.

Bra. Decid pues: ¿qué puedo hacer en vuestro obsequio?

Bel. Mucho.

Bra. Esplicaos.

Bel. Estoy enamorado.

Bra. Eso ya lo sé: de la cortesana Teodora.

Bel. ¿Cómo lo sabes?

Bra. Hoy cumple ocho dias, que estando plantado al pie de la coluna del leon, donde, por mi oficio, me toca estar la mayor parte del tiempo, os vi entre el sin fin de obsequiosos amantes, que por lo regular acompañan á esa célebre veneciana, cuando va á la Iglesia.

Bel. No lo niego: todos los que nos preciamos de nobles y elegantes en Venecia, nos hemos hecho un deber de doblar la rodilla ante esa cortesana que añade á su singular belleza la mas asiática ostentacion, á esa nueva Aspasia que se ha empeñado en ver rendidos á sus pies á todos los hombres célebres de su siglo. Teodora hace alarde de sus galanes, como cualquier otra muger, suele hacerlo de sus joyas. Pero como se muestra bastante favorable á mis demostraciones de cariño, casi me avergüenzo de una dicha adquirida con tan poca dificultad. Escúchame pues con atencion. Acabo de descubrir un precioso diamante detras del puente de la Paglia, en frente de la casa del gondolero Luis.

Bra. No hay muchos diamantes en Venecia que el dinero no los haga asequibles; y siendo V. E. rico y generoso, no tardará en ser su único dueño.

Bel. Sin embargo, todas mis ofertas han sido desechadas hasta ahora.

Bra. ¿Hay mas que reiterarlas, aumentando su valor?

Bel. Todo se ha probado; pero inútilmente. La custodia un anciano venerable, que seguramente debe de ser su padre... y... ¿Lo creerias? Es honrado y virtuoso.

Bra. Me da compasion. *(Irónicamente.)*

Bel. Ha tenido la osadía de decirme que sino dejaba de frecuentar aquella calle, sabria encontrar medio para obligarme á ello.

Bra. ¡Qué insolencia!

Bel. Muy bien puedes comprender que un sugeto de mi clase no puede comprometerse en un lance de honor con hombres de esta naturaleza.

Bra. Ya lo veo: semejantes entes deben considerarse harto felices, cuando una persona noble y generosa, como V. E., se digna enamorarse de su muger, ó de su hija. Dicen que esto les deshonra; pero tambien les ennoblece. ¿Digo bien?

Bel. No quiere ser de esta opinion el maldito viejo.

Bra. ¡Qué insensato!

Bel. De tí pues depende toda mi felicidad. No hace mucho que ese hombre se halla en Venecia; no se sabe quien es; pero la voz general le señala no como padre, sino como protector de ese ángel de hermosura, que no tiene en este mundo deudos, ni amigos. Si logro que quede huérfana y desamparada, tendrá que acogerse bajo el amparo de la República, madre de todos los infelices; y entónces un hombre poderoso, un individuo del consejo, yo por egemplo, me encargo por mera humanidad de ponerla en un convento y dotarla; regalo ademas un cuadro de Rafael, ó el Ticiano á la capilla del monasterio, y la jóven es mia.

Bra. El plan es soberbio, señor Conde; y su ejecucion sumamente fácil; pero me figuro que para que me encargue de vuestra comision, venis acompañado de una órden del consejo.

Bel. ¿Qué dices?

Bra. ¿No lo ois?

Bel. No te entiendo. ¿Para servirme á mí necesitas?...

Bra. Una órden del consejo de los Diez, por la cual se me mande privar á Venecia de un anciano venerable y virtuoso convencido de querer guardar con escesiva escrupulosidad el honor de una muger.

Bel. Segun eso, veo que no me has comprendido.

Bra. Mas de lo que pensais; pero habiéndome manifestado V. E. sus deseos, me es indispensable deciros que no puedo hacer nada sin una órden del Consejo.

Bel. Ahí la tienes. (*Saca un bolsillo.*)

Bra. Muy generosa es la República con quien le sirve; y recompensándole con mano pródiga, dora mil y mil veces el puñal del asesino; pero teneis que perdonarme, señor Conde: lo que necesito ahora no es oro, sino una órden del consejo de los Diez.

Bel. Mucho estraño que me vengas ahora con semejantes escrúpulos.

Bra. Tengo firmado un contrato de sangre con la República. Vuestro padre era uno de los Diez, cuando lo firmé: solo él sabia los motivos que me pusieron el puñal en la mano y esta careta en el rostro. Por lo tanto, repito que necesito una órden.

Bel. Y si te la entrego, ¿dejarás por eso de cometer un asesinato?

Bra. Responderé de él delante de los hombres, y ante Dios, responderán los Diez.

Bel. Pues bien: se te dará lo que pides. Ese anciano viene de Génova, y su República está en guerra con la nuestra. Sin duda ese desconocido es algun espía de los Dorias. Con esto no habrá dificultad en obtener la órden de su muerte, y man-

daré que la claven en esa puerta segun costumbre del tribunal. Entónces, no será á mí á quien obedezcas, sino al consejo de los Diez. ¡Lo entiendes?

Bra. Si señor.

Bel. Detras del puente de la Paglia, delante de la casa del gondolero Luis. *(vase.)*

Escena II.

El BRAVO *solo.*

Bra. Todavía nuevos crímenes! La República es insensible. No hay remedio: aprovechemos estos instantes. Máscara infernal, puñal maldito, que formais parte de mi propio ser, como si la mano de Dios os hubiese puesto, la una en mi frente y el otro en la cintura. ¡Ah! *(Se quita la máscara, y la cuelga de un clavo, dejando el puñal encima de la mesa.)* Dejadme respirar un instante. ¡Dios mio! Ahora soy un hombre como los demas. *(Se tiende sobre el sofá.)*

Escena III.

Dicho y SALSFIERI *que salta por la ventana.*

Bra. ¿Quién es?

Sals. Dios guarde á vueseñoría.

Bra. ¿Quién sois?

Sals. Un hombre, que para matarle, no necesitais blandir vuestra cuchilla: una sola palabra que profirais, le matará sin remedio.

Bra. ¿Quién sois?

Sals. Un proscrito.

Bra. ¿Y porqué saltásteis por la ventana?

Sals. Porque no me habriais probablemente abierto la puerta.

Bra. ¿Qué quereis?

Sals. Un asilo para esta noche no mas.

Bra. ¿Y qué sucederá, si os lo niego?

Sals. Una cosa sumamente sencilla. Hace seis años que tuve que abandonar á Venecia, gracias á una sentencia de muerte que se fulminó contra mí: y sin embargo, un motivo que me interesa mas que la propia vida, me trae nuevamente á su territorio. Una lancha acaba de dejarme en la playa. No conozco en toda esta vasta ciudad un solo amigo, al paso que todos mis enemigos me conocen. Tu amparo es mi única salvacíon, mi vida: si me abandonas, nada hay mas seguro que mi muerte. Si no te decides á concederme tu favor, aquí somos dos: tú tienes un puñal, yo tengo otro: iguales son las armas. Si me matas, no necesito ya de asilo para esta noche: si soy yo el que te mate á tí, encontré ya lo que buscaba; porque lo mismo me da dormir al lado de un enemigo muerto que junto á un amigo vivo.

Bra. ¿Y si te concedo la peticion que solicitas?

Sals. Te lo agradeceré toda la vida.

Bra. Dame la mano.

Sals. Ahí está.

Bra. Ante todo, cerremos esta ventana.

Sals. Aquí me tienes á tus órdenes. Si gustas, te haré compañía; y si prefieres dormir, tiéndete en ese sofá, que yo me arreglaré con mi capa. Mira, si estás dispuesto á serme útil en todo, te esplicaré con toda franqueza el objeto que me ha conducido

á Venecia, el nombre de la beldad á quien voy siguiendo, y el del hombre que busco: y si por tu conducto logro hablarle á él, ó encuentro á mi adorada, no habrás sido para mí un protector, ni un amigo, sino una divinidad celestial.

Bra. Esplícate mejor.

Sals. Me hallo desterrado por asuntos políticos; y no hay mas que una sola cosa en el mundo capaz de hacer que se olvide la patria: esta es el amor. Proscrito de la República de Venecia, hallé un asilo en la de Génova; y allí vì por casualidad á una hermosísima jóven: la amé, fuí correspondido, y lo olvidé todo.

Bra. Adelante.

Sals. Ella ha sido mi único pensamiento por espacio de seis meses consecutivos, de modo que yo veia impaciente pasar con demasiada lentitud las horas del dia, porque no podia verla ni hablarla, mas que de noche, gracias á cierto anciano, que nunca la abandonaba. Saltaba ella las tapias del jardin, por la confianza que tenia en mi honradez, y tan pura como el primer aroma de la rosa, al brillo del alba matutina, me abria las puertas de su habitacion. Yo enamorado, y tímido como un niño, me arrojaba á sus plantas, buscando en sus ojos mi vida y mi sosiego. No acordándome ya de lo pasado, feliz con lo presente, enagenado por el placer de contemplarla, y confiando en el porvenir, me prometia largas horas de felicidad y de amor.

Bra. ¡Así pasan los años de la juventud entre sueños lisongeros! ¡Harto presente lo tengo!

Sals. Fuí, segun costumbre, cierta noche al lugar de la cita; y encontré abierta la habitacion de Violeta.

Bra. ¡De Violeta, decis!

Sals. Si: así se llamaba. Pero ¿porqué te ha conmovido su nombre? ¿Habré escitado acáso algun recuerdo?

Bra. Seguramente. Tambien quise yo á una muger de este nombre.

Sals. ¡Tú!

Bra. Si: por ella abandoné á Venecia, á esa Venecia, que no esperaba ver mas, y que he vuelto á ver por desgracia. ¡Ay! ¡Hace ya diez y seis años que mi Violeta murió, y esta es la vez primera que desde entónces he oido pronunciar este nombre.... y... ya lo estais viendo. Me hace llorar como un niño. Proseguid.

Sals. Subí precipitadamente la escalera: entré en su cuarto, y no ví á nadie. Dirigíme, mas precipitado todavía á la alcoba de su padre, arrostrando el riesgo de encontrarme con él, y la hallè tan sola como la primera. Ví por el suelo cartas rotas y á medio quemar, cuyos pedazos reuní, de modo que pude traslucir que una órden dada, no sé por que persona, á aquel anciano, le precisaba á llevarse sin demora á la jóven que le estaba confiada.. pero... ¿á dónde? El nombre de la ciudad no estaba en ningun pedazo. ¡Ah!... ¡Violeta se habia ausentado! Volví á su aposento fuera de mí, alzando la voz en grito, y pidiendo una seña, una sola seña que me guiase en tal laberinto. De repente vuelvo la vista, y mis ojos se clavan en un espejo, donde veo escrito con un diamante esta sola palabra. »¡Venecia!» ¿Qué quieres que te diga? Todo lo olvidé en aquel instante: proscripcion, sentencia de muerte, cadalso, todo,... Púsome en marcha inmediatamente, y... aquí estoy.

Bra. ¿Y qué piensas hacer ahora?

Sals. ¿Qué sé yo?

Bra. En una ciudad tan inmensa, sin poderte presentar de dia, en medio de una policía secreta infernal, tan activa y vigilante que acaso á estas horas sabe ya tu llegada, y tus intentos!...

Sals. No lo ignoro; y por lo mismo mi empresa es tan arriesgada como mi posicion. Oye pues: hasta ahora no te he contado mas que la mitad de mi secreto. Bien tendrás presente que te dije al principio que mi venida á Venecia era para buscar á un hombre y á una mujer. Esta es Violeta.

Bra. Y él?

Sals. El Bravo.

Bra. ¡El Bravo!

Sals. ¿Acáso le conoces?

Bra. En Venecia ¿quién puede dejar de conocerle?

Sals. ¿En dónde vive?

Bra. Pregunta es esta, á la cual solo el consejo de los Diez puede contestar.

Sals. Aloménos, dime, ¿dónde le podré encontrar.

Bra. En la plaza de san Márcos, al pie de la coluna del leon: triste é inmovil, especie de cadalso ambulante, colocado en la plaza de Venecia.

Sals. ¿Y qué se dice de ese hombre?

Bra. Mil cosas estraordinarias.

Sals. Pero ¿qué hay de verdad?

Bra. Dios y él pueden decirla únicamente.

Sals. ¿Cuál es pues tu opinion?

Bra. Ninguna.

Sals. Muy bien: yo le he de ver. Tres medios tengo para lograr que un hombre haga lo que yo

quiero. Tres, y seguros.

Bra. ¿Tres? ¿Cuáles son?

Sals. La súplica, recurso á su humanidad: el oro, recurso á su avaricia: y la amenaza, recurso á su debilidad.

Bra. Por lo que toca á súplicas, el Bravo ha oido mas que el mismo san Ambrosio, patron de Venecia; y no se cuenta que le haya enternecido la vista del oro. Tanto es el que ha recibido el Bravo de la República, que hubiera podido comprar un palacio, dado caso que su ambicion hubiese sido la de dormir en habitaciones soberbias de jaspe. ¿Hablas de amenazas? tantas son las que ha empleado el Bravo, que ha llegado á perder la costumbre de oirlas.

Sals. ¿Se ha agotado por fin la sensibilidad en su corazon?

Bra. Si.

Sals. ¿Tiene madre?

Bra. La tenia, y Dios en un instante de cólera se la arrebató.

Sals. ¿No tiene alguna muger que le ame?

Bra. La tuvo, y en un arrebato de zelos él mismo la quitó la vida.

Sals. ¿Y tiene padre?

Bra. Si.

Sals. Pues bien: le hablaré por su padre. Importa que esta noche misma vea ya á ese hombre.

Bra. ¿Y qué le vas á pedir? (*Inclina la cabeza, se le saltan algunas lágrimas, y su fisonomia toma un aspecto adolorido.*)

Sals. Esto es un secreto, querido huésped.

Bra. ¿Nada puede apartarte de la idea de ir en busca de ese hombre?

Sals. Nada absolutamente: en él tengo puesta toda mí esperanza.

Bra. En tal caso, te prometo que le verás.

Sals. ¿Cuándo?

Bra. Aguarda. (*Se oyen tres golpes á la puerta.*) (*Ap.*) Han firmado. (*Alto.*) Dentro de una hora.

Sals. Bien.

Bra. ¡Ah! (*Va á la puerta, la abre, encuentra la órden del Consejo, vuelve á la escena con el pergamino en la mano, toma la capa, y esconde debajo su máscara y su puñal.*)

Sals. ¿En dónde podré encontrarle?

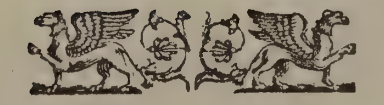
Bra. Detras del puente de la Paglia, en frente de la casa del gondolero Luis.

Sals. ¿Dentro de una hora?

Bra. Sin falta.

Sals. No faltaré. (*En accion de irse.*)

FIN DEL CUADRO 1.°



CUADRO SEGUNDO.

Se verá el Puente de la Paglia, y á lo léjos el gran canal. En el primer bastidor, puertas abovedadas y salientes á cada lado: mas allá dos callejuelas, una en frente de otra.

Escena I.

Es de noche: el BRAVO *estará junto á la puerta de la casa de* LUIS, *y este en el fondo, metido en la góndola.*

Luis. Del mar en las verdes ondas *(canta.)*
Tu nombre, Laura, suena sin cesar;
Tu nombre los aires llena,
Y en mis oidos resuena
Como en las ondas del mar.
(Ata la góndola.)
Deja, hermosa, de tu casa,
Ay deja, Laura, la dulce mansion,
Y si te importa mi vida,
Ven la pasion atrevida
A calmar del corazon.
(Acércase á la puerta.)

Bra. Silencio, Luis. *(Deteniéndole.)*

Luis. Ay! ay! Yo no conspiro contra la Repú-

blica, señor.

Bra. Atiende.

Luis. Ya lo hago.

Bra. ¿Vas á entrar en tu casa? ¿Eh?

Luis. Si señor.

Bra. Si oyeres llamar á tu puerta, no abras.

Luis. Bien está.

Bra. No salgas, por mas que oigas gritos ni lamentos.

Luis. Perded cuidado.

Bra. Y si en tu casa hubiere por casualidad alguna luz, cuyo reflejo pueda dar en la calle, ve á apagarla al instante.

Luís. Así lo haré.

Bra. Abren esa puerta. Vete. A dios. (*vase.*)

Luis. A dios. (*se va á su casa, cerrando la puerta tras sí. El Bravo se aleja por una de las callejuelas. Abrese la puerta de la casa que está en frente de la de Luis. Sale de ella Mafeo, y en seguida Teodora con Violeta.*)

Escena II.

MAFEO, TEODORA *y* VIOLETA.

Maf. Dejad que mire ántes... Me pareció haber oido...

Teo. Míralo atentamente, Mafeo. (*Mafeo registra el teatro.*)

Maf. Me equivoqué. No se ve á nadie.

Vio. ¿Volveréis á verme pronto?

Teo. Este deseo indica que mis visitas te son agradables.

Vio. Me pareceis tan amable! Soy tan feliz, cuando estoy á vuestro lado!.. y por otra parte, me dais tantas pruebas de afecto!.. Ya se ve: Yo soy una pobre huerfanita, abandonada, no de ti, padre mio, sino de mi madre...

Teo. ¡De tu madre!.. ¡Ah! No la acuses sin estar informada de las causas que pueden haberla precisado á proceder contigo de este modo. Acaso le pesa á ella mas que á tí el verse separada de su hija, y sobre todo, no debes olvidar, querida Violeta, que no hay acusacion mas terrible ante Dios que la de una hija contra su madre.

Vio. Ah! No me quejo de su abandono; sino de su ausencia.

Teo. Dame un abrazo, querida, dame un abrazo. (*se abrazan.*)

Maf. Señora, ved que correis riesgo de...

Teo. Si: dices bien.... El aire de la noche es muy dañoso. Retírate, Violeta.

Vio. ¿Cuando volveré á veros?

Teo. Mañana.... tal vez, no.... Pasado mañana.

Vio. ¡Cuánta bondad es la vuestra! *(La besa la mano y se va.)*

Teo. ¡Que criatura tan encantadora, Mafeo!

Escena III.

TEODORA *y* MAFEO.

¡Cuánto siento haber tenido que alejarla de mi compañía!

Maf. Ahora conoceréis con cuanta razon os decia yo en mis cartas que os privábais de la mayor

de las delicias.

Teo. Es cierto; pero yo debia evitar que llegase á sus oidos mi funesta celebridad, causa de mi continuo rubor y de mis agudos remordimientos. Para una madre como yo, no hay cosa mas terrible que la presencia de una hija pura, como los ángeles... Mafeo, llama al gondolero Luis.

Maf. Pero, al cabo Violeta, tendrá que saberlo todo.

Teo. No hay duda; pero será de aquí á seis meses, dentro de un año. Me la llevaré conmigo á Nápoles, á Roma, á Francia, á los parages donde no haya llegado la noticia de mi celebridad, ni el nombre de Teodora. Entónces, se lo confesaré todo; y si estás aun en nuestra compañía, la dirás que en algun tiempo fuí pura y cándida como ella, y que me conociste amada y digna de serlo. Que el infeliz que iba á unirse conmigo al pie del altar, en un momento de arrebatados zelos, me dió una puñalada. ¡Ah! A no haber sido por esa criatura que llevaba en mis entrañas, y en quien cifro actualmente todas mis esperanzas de felicidad; mil y mil veces hubiera sentido que la herida que me dió mi querido Alberti hubiese sido tan poco profunda, que no acabase con mi vida.

Maf. Todo esto está muy bien hablado, Teodora; pero lo decis en una calle sombría y estraviada de Venecia, hallándoos aun conmovida por los abrazos de una hija que adorais; pero no en vuestro suntuoso palacio de la plaza de san Márcos, en medio de aquel lujo que os deslumbra y fascina, al sonido de las alabanzas que os desvanecen, y rodeada de una numerosa y ardiente juventud, que besa vuestras plantas, cual podria las de una soberana, diciéndoos á

todas horas. « ¡Teodora! ¡Teodora! ¡Que hermosa sois!» Apuesto á que allí os acordais con placer de la poca profundidad de la herida de un zeloso; pero es por la escasa cicatriz que os ha dejado, y que deseariais hacer desaparecer del todo.

Teo. No puedo negártelo, Mafeo: mi vida, sino es una vida de felicidad, lo es de placer... Pero Luis no viene? ¿No te he dicho todavía que voy á tomar ese hombre á mi servicio? Se me conoce demasiado en Venecia, paraque ese hombre no sea ya sabedor de quien es la muger que viene á verte disfrazada casi todas las noches.

Maf. Me alegro mucho; pero en este momento, supuesto que tarda, y que no estais bien aquí, lo mejor será que yo mismo os conduzca. La góndola de Luis está allí, y ya sé yo como la he de desamarrar. Si gustais...

Teo. Si: si. El aire que viene del golfo es muy frio, y esta mañana estaré seguramente muy descolorida.

Maf. ¡Cuánto cuidais de una belleza que os es tan perjudicial!

Teo. A pesar de todos mis esmeros, desaparecerá muy presto, y entónces será tiempo de....

Maf. Si, de pensar en Dios ¿pero Dios querrá pensar entónces en Teodora?

Teo. ¡Ah! (*Entran en la góndola.*)

Maf. Vamos, vamos.

Escena IV.

El BRAVO *y luego* SÁLSFIERI.

Bra. ¡Con qué facilidad se combina regular-

mente todo cuando se ha de cometer una maldad! Pero ¿quién llega?

Sals. Uno que anda en busca de tí.

Bra. Sabes acáso quien soy yo?

Sals. Si: eres el Bravo.

Bra. ¿Y vienes á verme así de noche, sin la menor desconfianza?

Sals. La única que tenia era la de no encontrarte.

Bra. Pues bien: aquí me tienes.

Sals. (*Ap.*) ¡Esta voz!... (*Alto.*) ¡Ah! Deja que te examine con atencion.

Bra. ¿Porqué?

Sals. Si, si: eres el mismo. Tu careta negra. Tu ademan, todo, todo me lo está diciendo. A tu presencia se abren las puertas de las casas, sin la menor resistencia por parte de sus dueños: delante de tí caen los velos, que cubrian los rostros de las beldades: tú puedes coger del brazo á quien quieras, y llevártelo á donde mas te acomode: tú tienes la libertad de entrar y salir con toda facilidad de Venecia, tanto de dia como de noche.

Bra. Es verdad.

Sals. ¿Pero á quién eres deudor de semejante privilegio?

Bra. A mi puñal y máscara.

Sals. Y si yo los llevára, gozaria de la misma facultad?

Bra. Teniendo el mismo valor, si.

Sals. Préstamelos pues,

Bra. ¿Qué estás diciendo?

Sals. La verdad, lo que siento, lo que quiero.

Bra. ¡Tú!

Sals. Si: yo: cuésteme lo que me costare, ne-

cesito por dos dias tu máscara y tu puñal. Necesito que á mi presencia se abran todas las puertas, y caigan todos los velos de las hermosas de Venecia. Necesito la facultad de entrar y salir libremente por Venecia, y para ello se requiere tu puñal y tu máscara.

Bra. ¿Y no reflexionas que durante ese tiempo serás lo que hace mucho que soy yo, la execracion y el terror de Venecia?

Sals. No importa.

Bra. Durante este tiempo tendrás que hacer lo que se me mande á mí.

Sals. Lo haré.

Bra. ¿Y sí se te da alguna órden del consejo de los Diez?

Sals. La cumpliré sin dilacion.

Bra. ¿Y si ella te mandare cometer algun asesinato?

Sals. Lo cometeré. Venga tu máscara y tu puñal.

Bra. ¡Insensato! ¿Puedes figurarte acáso lo que es mirar el mundo al traves de esa careta? Tú no sabes que ella lo funesta y ennegrece todo; que el aire de la vida no llegará puro á tu corazon, y que los rayos del Sol no reanimarán tu semblante decaido con la sombra y humedad de la noche? ¿No sabes que no podrás quitártela, sino cuando estés solo, y que cada vez que lo hagas, hallarás tus ojos mas hundidos y tu semblante mas amarillento?

Sals. Me lo figuro.

Bra. ¿Y que en el dia del juicio final, aun cuando no hubieses llevado esta máscara mas que una hora, si esta fué de sangre y esterminio, el ángel de la muerte te la vendrá á clavar en el rostro, y no podrás mirar á Dios con el orgullo y la libertad del

inocente? ¿Lo sabes?

Sals. Todo lo sé; todo me lo figuro; pero repito que necesíto tu puñal y tu máscara. Dámelos pues.

Bra. ¡Mi puñal dices! Seguramente te figuras que es una arma leal que hiere de dia, cara á cara, y con valor. Sabe pues que te equivocas. Es un arma nocturna, es el arma de los traidores.

Sals. No importa: la necesito.

Bra. Apénas la tengas en tu cintura, deberás desembainarla, para herir á un... anciano,.. *(Ve venir la góndola de Mafeo.)* que tendrá tal vez la misma edad que tu padre, una voz trémula y grata como la suya, y unos cabellos tan canos como los de él... ¿Te arrepientes ahora? Qué dices?

Sals. Que á cada instante que se pasa, corro el terrible ríesgo de ser reconocido. Te lo digo pues por la vez postrera. ¿Quieres y puedes prestarme tu puñal y tu máscara? Responde.

Bra. ¡Insensato! Quiero y puedo hacerlo, porque no hay mas que dos hombres en el mundo que hayan visto la cara al Bravo: solo dos hombres, viéndole sin máscara, podrian decirle: tú eres. El uno es el presidente del consejo de los Diez; este se halla fuera de Venecia, y no volverá hasta de aquí á ocho dias. El otro eres tú.... pero este es el solo medio que tengo para salvarte. Escúchame pues: tú eres un proscrito, y tu vida está en mis manos. Dime ahora: ¿por cuánto tiempo quieres este espantoso préstamo?

Sals. Ya te lo dije: por dos dias.

Bra. Júrame que durante ellos no me devolverás esta máscara, ni este puñal, y que á nadie dirás quien soy yo, ni quien eres tú. Júramelo por lo que

tengas de mas sagrado en el universo.

Sals. Te lo juro. *(Dan las doce.)*

Bra. Recibo pues tu juramento. ¿Oyes las doce?

Sals. Dentro de dos dias, á esta misma hora.

Bra. No tardarás ni un minuto, ni un segundo.

Sals. Te lo juro de nuevo. Ni ántes que dé la primera campanada, ni despues de haber dado la última.

Bra. Aguarda pues y estremécete. *(vase.)*

Escena V.

SALSFIERI *solo.*

Sals. ¿Qué va á hacer ese hombre? ¿Y qué me importa. Lo que necesito es encontrar á Violeta. Sin ella no hay felicidad para mí; y por ella no habrá sacrificio que me sea doloroso. Pero ¿qué oigo? *(Al irse el Bravo se habrá dirijido al fondo del teatro, y bajando por un pretil, habrá desaparecido á los ojos del espectador. Luego se oye un gemido, y despues el ruido de un cuerpo que cae al agua.)* Ese hombre habrá ido á asesinar á algun infeliz... Ah! Si. El vuelve.

Escena VI.

Dicho y el BRAVO.

Bra. ¿Y bien? ¿Lo quieres todavía? *(Presentándole el puñal desnudo y ensangrentado.)*

Sals. Si.

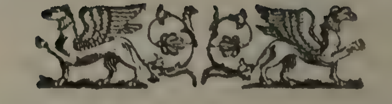
Bra. Tómalo pues. *(Se quita la mdscara y se la entrega junto con el puñal.)*

Sals. Gracias, querido huésped. Gracias. *(Le aprieta la mano.)*

Bra. Quedamos en que me lo devolverás todo dentro de dos dias, á media noche.

Sals. Si dentro de dos dias á media noche. (*Se separan.*)

FIN DEL CUADRO 2.°



CUADRO TERCERO.

Plazuela de san Márcos; á la izquierda y al primer bastidor el pórtico de la iglesia de este santo, mas allá se descubre parte de la escalera de los Gigantes, la que es practicable; casi en frente, la coluna del Leon, á la derecha y en el último bastidor el palacio de Teodora. El fondo representa la vista de la gran plaza de san Márcos.

Escena I.

El BRAVO *solo, vestido de caballero rico.*

Bra. Salve, mil veces salve, fresca y deliciosa brisa de los Apeninos. Te reconozco por esa suave fragancia que nos traes de Florencia, á pesar de que te tenia ya olvidada de mucho tiempo á esta parte, porque desde mi funesto regreso á Venecia, mi careta te impedia llegar hasta mi cara. ¡Oh Venecia! ¡Venecia! Ahora si, que te ofréces á mi vista cual en mis dichosos años juveniles. Ese es el palacio ducal, esa es tu escalera de los gigantes, ese tu leon de san Márcos, con su espada cortadora y sus alas tendidas. Al veros ahora, sin el traves de mi máscara, se me figura ser un desterrado que pisa de nuevo el suelo en que nació; un hijo que regresa al hogar paterno.

¡Oh Venecia! Voy á pasearme por tus calles, sin que deje en ellas rastro alguno: voy á mezclarme entre el pueblo, sin que tenga que oir sus maldiciones, porque aunque yo te conozco, tú no me conoces. ¡Oh Venecia! Yo soy posesor de todos tus secretos, y tú ignoras los mios. Viviré durante dos dias la vida de los hombres felices; porque me reemplaza un insensato, y en lugar de hacerlo yo, como acostumbro, es él quien aguarda las órdenes del consejo en el palacio del Dux. Me lisongeo que no tendrán que comunicarle ninguna, durante este tiempo; y yo llevando la indiferencia en el rostro y la sonrisa en los lábios, le aprovecharé para intentarlo todo, si, todo, á fin de arrancar de las cárceles de Palacio á la prenda que responde del Bravo.

Escena II.

Dicho, LUIS *y* GONDOLEROS.

Gond. Dices que estaba tendido en la playa?
Luis. Seguramente.
Gond. ¿Y muerto?
Luis. Seguramente. La puñalada que recibió no era para matar á un anciano como él, sino á un jóven que tuviese aun sesenta años de vida.

Gond. ¡Pobre anciano! ¡Qué asesinato tan vil! Ha muerto como un turco, y no como un cristiano.

Otro. ¿Y estás seguro de que sea esta otra nueva hazaña de las que acostumbra hacer ese maldito Bravo?

Luis. ¡Cómo si lo estoy! Sobre que por poco logro salvar á Mafeo.

Todos. De veras!

Luis. Yo llegué allí el primero, y así que me vió el Bravo.....

Gond. Se escaparía...

Luis. Lo que es escaparse, no: y ántes bien, en obsequio de la verdad, debo confesar que mostró cierto valor: con todo debe tenerme unas ganas... que ya, ya.

Bra. Vas muy equivocado, Luis, en cuanto á eso.

Luis. ¿Qué manda V. E.?

Bra. Digo que el Bravo, muy léjos de poderte tener ojeriza, deberia estarte agradecido.

Luis. ¿Porqué?

Bra. Por el favor que le hiciste, sugetándote con ciega sumision á cuanto te mandó.

Luis. ¿A mí?

Bra. Seguramente. ¿No te metiste en tu casa, porque él te lo dijo? ¿No te estuviste muy quieto en ella, porque te dió la órden de no moverte? ¿No te apresuraste á apagar la luz, para aumentar la lobreguez de la noche, á fin de que no hubiera quien pudiese ser testigo de aquella muerte?

Luis. Si no sois el mismo Satanas, ¿quién diablos podeis ser?

Bra. Un caballero dálmata, natural de las costas del Cáttaro, y como todo el mundo lo sabe, sus habitantes se dedican mucho al estudio de la magia.

Luis. ¡Jesus, Maria, José! *(Se santigua.)*

Escena III.

Dichos y LAURA.

Lau. Albricias, Luis, albricias.

Luis. ¿De qué, muchacha? Qué es lo que te trae tan alegre?

Lau. Una buena noticia. Desde hoy vas á quedar admitido en el servicio de la señora Teodora, como á su gondolero privilegiado.

Luis. ¡De veras!

Lau. Si, de veras. ¿Estás contento?

Luis. Muchísimo, en cuanto al cuerpo; porque es un destino muy agradable; pero por lo tocante al alma, no puedo negarte que la conciencia me hace cosquillas.

Lau. ¡Pobre Luis! Pero ¡Dios mio! Ahi está de nuevo ese diantre de Marques.

Luis. ¿Que Marques?

Lau. El Marques del Rufo, que sin duda viene siguiéndome.

Luis. ¡Ola! ¡Conque te viene siguiendo!

Lau. Pero no hay que poner por eso mal gesto, celosillo! que no es por mí.

Luis. Y hace muy santamente.

Lau. Calle! Yporqué, si puede saberse?

Luis. Porque si tal fuese su osadía....

Lau. ¿Bien, y qué?

Luis. Tendria que habérselas con un hombre que hace ya tiempo que no desea mas que ocasion de....

Lau. Pues hombre, ahora se te presenta.

Luis. ¿Cómo?

Lau. Y al mismo tiempo darás á tu señora una prueba de afecto, á la que te quedará mas agradecida de lo que piensas.

Luis. Adelante.

Lau. Ese caballero anda persiguiendo á la señora Teodora á todas horas y por todas partes.

Luis. ¿Y qué pretende?

Lau. Que le quiera.

Luis. ¿No es rico?

Lau. Seguramente.

Luis. Entónces ¿porqué no compra su amor á precio de oro?

Lau. Para mi ama no basta ser rico, y el Marques no tiene otras prendas. Mírale, ahí le tienes. *(Sale el Marques buscando á alguno.)*

Escena IV.

Dichos y el MARQUES.

Luis. ¡Ola! Pues no me parece mal ese caballero.

Lau. ¿Qué dices?

Luis. Digo que le encuentro un aire muy noble, y que hace muy mal tu señora en desdeñarle.

Lau. Esto no es de nuestra incumbencia; y toda vez que su gusto es que le libremos de él.....

Luis. ¿Qué derecho tiene para impedir que un sugeto de la categoría del señor Marques?...

Lau. ¿Quieres que te diga una cosa, Luis?

Luis. ¿Cuál?

Lau. Pero he de hablarte con franqueza.

Luis. Bien, habla.

Lau. Eres un cobarde.

Luis. ¡Yo!

Lau. Sí, tú; y como viniese alguien á ofrecerme el brazo, para librarme de ese jóven, le concederia de muy buena gana el premio que te tenia reservado.

Luis. ¿Qué premio?

Lau. Un abrazo. Con que así, deja que haya quien me ofrezca su brazo, y pronto verás como....

Bra. Aquí teneis uno, reina mia. (*Ofrécela el brazo.*)

Lau. ¡Como! Su Señoría se dignaria!...

Bra. De muy buena gana.

Lau. Muchísimas gracias.

Luis. Dale! Otra vez ese demonio de hombre! (*Se aleja.*)

Ruf. ¡Ah! Allí la veo. (*Vuelve á salir.*)

Lau. Eh! Ya viene hácia nosotros.

Bra. Vamos hácia él, y le ahorrarémos camino. (*Laura y el Bravo se adelantan.*)

Ruf. Gracias á Dios que logro encontrarte, hermosa Laura.

Lau. Por Dios, señor Marques, ¿cuándo dejaréis de atormentarme?

Ruf. Así que te hayas encargado de entregar un billete á tu señora. (*Saca una carta*)

Lau. El señor Marques sabe muy bien que no puedo servirle en este particular.

Ruf. ¡Yo! ¿Porqué motivo?

Lau. Repetidas veces os tengo dicho que mi ama me lo tiene prohibido.

Ruf. Y porqué razon?

Lau. Por que no os quiere.

Ruf. Y porque no ha de quererme?
Bra. Porque sois un tonto.
Ruf. ¡Caballero! (*Retrocediendo un paso.*)
Bra. ¡Señor Marques! (*Adelantando otro.*)
Lau. ¡Ay Dios mio! (*Soltándose del Bravo.*)
Ruf. Acabais de proferir una palabra que hará salir este acero de su baina. (*Desembaina el acero hasta la mitad.*

Bra. Y voy á deciros otra, que le hará entrar de nuevo. (*Le lleva aparte.*) Señor marques del Rufo, vuestro tio el Senador, que era tan rico, y cuyos caudales debiais heredar únicamente vos, falleció repentinamente, y se le enterró con una precipitacion estraordinaria.

Ruf. ¿Qué es lo que pronunciais?

Bra. Y añado que si el sepulturero hubiese examinado debidamente el cadáver;.. yo sé muy bien que...

Ruf. Silencio por Dios. (*Embaina*)
Bra. ¿No lo dije?
Ruf. Pero, señor mio, ¿quién sois vos, para saber unos secretos de tan alta importancia? Yo tiemblo.

Bra. Un rico comerciante del golfo Pérsico, que viene á esta ciudad por Jerusalen, y que durante las noches de su viaje se entretenia en leer en las estrellas. ¿Laura? (*Volviéndose á Laura*)

Lau. ¿Señor?
Bra. Pierde todo recelo: ese jóven me asegura que no volverá á molestarte.

Lau. Gracias, mil gracias: pero... con vuestro permiso... Veo venir á mi ama. (*Se va á ella*)

Bra. ¡Ah! ¡La bella Teodora! La Aspasia de nuestra época, la que transforma el siglo de Julio se-

gundo en el de Perícles, á Venecia en otra Aténas, y à Belmonte en un nuevo Alcibíades.

Escena V.

Dichos, BELMONTE, TEODORA, CABALLÉROS, *y* JÓVENES.

Teo. En verdad, señor Conde, que vuestro amor es sobremanera caballeresco.

Bel. Y vos os burlais de él con la mayor ingratitud, sin haceros cargo de que una pasion tan estremada es capaz de volverme loco.

Teo. Cuando esto suceda, tendrémos que pedir al célebre Ariosto *(Apoyndádose sobre su hombro)* que en prueba de la amistad que me profesa, os haga ensillar su hipógrifo, y os proporcione un pasaporte para la Luna; pero debo participaros que soy algo difícil en cuanto á pruebas de locura.

Bel. ¿Porqué motivo?

Teo. Porque se me ha mimado tanto que me han echado á perder. Ved esta sortija.

Bel. No es mas que un anillo de boda.

Teo. No hay duda: es el de las bodas del Dux con el mar. Tres años hace, me hallaba yo en la gôndola mas inmediata al Bucentoro, cuando el Dux arrojó esta joya al Adriatico. Ocurrióme la idea de decir que el que me la presentase obtendria de mí cuanto me pidiese; y apénas hube proferido esta espresion, cuando oí un grito que me decia: *Yo*: y al mismo tiempo un caballero español, que estaba en la barca que tenia á mi lado, se arrojó al agua, Víle salir y desaparecer de nuevo por dos veces, y á la tercera, estaba nadando con solo una

mano, y con la otra me presentaba la sortija que yo habia manifestado codiciar.

Bel. ¿Y luego?

Teo. ¿Podia dejar de cumplirle mi palabra? No tengo bien presente lo que me pidió al llevàrmela aquel mismo dia; pero estoy cierta que se lo concedí.

Bel. Pues bien, señora: poned mi amor en una prueba de esta naturaleza.

Teo. ¿Veis ese caballero dálmata, que lleva colgada al cuello una riquísima cadena mejicana?...

Bel. Dejadme hacer. *(Se va hácia el Bravo)* Dios guarde á V. E.

Bra. Dios os guarde.

Bel. V. E. posee una alaja verdaderamente esquisita.

Bra. No hay duda: es una cadena de oro que tuve ocasion de comprar en Milan. Perteneció á Cristobal Colon, y este la dió á su carcelero, solo paraque le proporcionase pan ménos negro y agua mas pura.

Bel. Poco me importa á mí eso. Necesito esa cadena, y os la pagaré como querais: ó con oro, ò con acero: con mi bolsillo, ó con la espada.

Bra. No será ni con lo uno, ni con lo otro, caballero mio: esta cadena está ya ofrecida á cierto caballero veneciano, que debeis conocer, el conde de Belmonte.

Bel. ¿Qué es lo que dices?

Bra. Que me la ha mandado pedir, para dársela á una jovencita, que vive detras del puente de la Paglia, en frente de la casa del gondolero Luis, á quien espera conquistar mediante este regalo.

Bel. ¿Y quién sois vos?

Bra. ¡Yo! un alquimista de Ferrara, que anda en busca de la piedra filosofal, y que entretanto que la encuentra, se divierte en decir la buena ventura á las buenas mozas y á los caballeritos.

Teo. Conde de Belmonte, se me figura que en el caso del caballero español, en lugar de zambulliros á treinta pies de profundidad, para cojer la sortija, habriais preferido aguardar que se muriese el Dux, con ánimo de casaros con el Mediterráneo en segundas nupcias. Ya se ve: hubiera sido mas prudente esta resolucion. Pero vamos á la iglesia; y como nos preciamos de ser personas razonables, rogarémos al Señor por los pobres insensatos.

Bel. Vamos, señora; pero me lisonjeo de que no prestaréis el menor asenso á las espresiones de ese adivino despreciable.

Teo. Se hablará de este asunto, durante la funcion de esta noche. Pero por ahora dejemos las cosas profanas, señores, y entremos en san Márcos.

Bel. Vamos.

Todos. Vamos. *(Entrando en la iglesia.)*

Escena VI.

El BRAVO, LUIS *y* LAURA, *que se quedan en el teatro.*

Luis. ¿Oyes, Laura? ¿Qué ruido será este?

Lau. No sé; pero parece un tumulto.

(Dando voces.) Justicia, justicia.

Lau. Ya lo dije: eso es un alboroto popular. Me marcho.

Luis. Y yo al contrario, me quedo. Despues te haré una relacion de lo que ocurra.

Lau. Bien, bien: cuento con ello. *(vase.)*

Escena VII.

LUIS, VIOLETA, *y gente del pueblo que la sigue.*

Pueb. Al palacio ducal, al palacio ducal.
Bra. ¿Qué significa esto?
Luis. ¡Ah! Esta es la jóven que vivia con el anciano Mafeo, y que junto con el pueblo, va á pedir justicia por la muerte de aquel infeliz.
Bra. ¡Qué estrañeza! ¡Pedir justicia por un asesinato en medio de las calles de Venecia!
Sale Vio. ¡Ah! Dejadme, por Dios, dejadme.
Voces. Justicia, justicia.
Vio. Si justícia, yo la pido tambien, pero vuestros gritos me asustan. ¡Dios mio! Dios mio!
Un hom. No, no: el pueblo pide justicia, te llevarémos en nuestros brazos, hasta la presencia del tribunal, hasta los pies del Dux, y le pedirémos justicia.
Vio. Pero ántes vais á matarme. Piedad. Piedad. *(se arrodilla)*
Bra. Soltad á esa pobre jóven. Las caricias del pueblo son como las del leon, que ahogan: ven, hija mia, y respira en plena libertad.
Vio. ¡Ah! ¡Mil gracias! Caballero, vos sois mi ánjel tutelar.
Bra. ¿Y qué es lo que quereis ahora? Hablad.
Uno. Se ha asesinado á un anciano venerable, llamado Mafeo: era un honrado plebeyo, que ninguna ofensa habia hecho á la república; pero le han dado muerte en su nombre, con el intento seguramente de ocultar alguna venganza particular, ó algun proyecto ruin é infame. Se le ha muerto villa-

namente, y por lo mismo pedimos justicia.

Bra. Y tú ¿que es lo que quieres? hija mia.

Vio. Yo no quiero, ni pido cosa alguna, sino que me dejen llorar á mi padre. Estábame en mi casa, cuando entró á tropel toda esa jente con el cadáver del pobre Mafeo, muy ensangrentado: luego me cojieron, y me han traido aquí sin tener la menor compasion de mis lágrimas, sin que yo supiese á donde iba, hablándome solamente de sangre y de muerte, y pidiendo justicia.

Bra. ¿Contra quién?

Uno. Contra el Bravo.

Bra. Mucha osadía es la tuya. ¿Y en nombre de quién la solicitais, cuando el senado y la nobleza no dan un paso para reclamarla?

Uno. En nombre del pueblo,

Bra. ¿Y qué pensais hacer en el caso que os la nieguen?

Uno. Nosotros nos la tomarémos.

Bra. No ha llegado todavía el momento oportuno, y por ahora el viento se llevará vuestros gritos. ¿Y tú, jóven desgraciada, pides tambien justicia? ¿Tambien deseas tú la muerte del Bravo?

Vio. Todo lo que yo deseo es que se me deje entrar en un retiro, donde pueda rogar á Dios, y llorar á mi padre.

Bra. ¡Llorar! ¡Llorar! ¡Pobre niña! *(Ap.)* Acaso me será posible reparar el daño que he causado. *(Alto.)* En efecto, te conviene un retiro, porque eres un ánjel, porque eres demasiado pura y bella para vivir segura en medio de los hombres.

Uno. Ello es preciso que alguien ampare á la huérfana desvalida, y si no se presenta nadie, el mismo Dux tendrá que servirle de padre y Venecia

de madre.

Bra. El Dux es un padre muy duro, y Venecia una madre demasiado entregada á la relajacion. No son dignos uno ni otra de tener una hija semejante. Pero ¿no teneis ningun pariente en el mundo?

Vio. No señor: absolutamente ninguno. *(levanta la cabeza.)*

Bra. ¿Y no conoceis nadie en Venecia?

Vio. Unicamente á una hermosa dama, que de cuando en cuando venia á visitarme, manifestándome tener mucha aficion. Pero no sé como se llama. Mafeo era el que lo sabia, pero se ha llevado consigo este secreto á la tumba.

Bra. ¿Y vuestros deseos fueran de entrar en un claustro? Pero para ello se nececita dinero. ¿Teneis acáso lo necesario para pagar vuestro dote?

Vio. No señor: soy una pobre niña, que no tiene nada.

Bra. Ya lo entiendo. Pueblo de Venecia, escúchame: Esa jóven desearia retirarse á un convento, pero le falta con que aprontar su dote. Yo me encargo de entregarlo. Se halla huérfana y sin amparo alguno: yo se lo prestaré. Soy rico y la adopto. ¿Hallas reparo alguno en mi propuesta?

Uno. Si ella la admite gustosa, no.

Bra. ¿Qué dices á esto, hija mia?

Vio. Digo que el Cielo os envia, para guardar y defender á esta pobre huérfana.

Uno. Siendo así, podeis iros, y que el Cielo os haga feliz

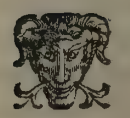
Bra. Conde de Belmonte, cuando vengas por ella, será ya tarde. *(Pasando su brazo al rededor del cuerpo de Violeta, y estrechdndola en su seno)* Abrid paso al padre y á la hija.

Pueb. Viva el desconocido. Muera el Bravo.

Otros. Viva el estrangero. Muera el Bravo.

(Despues de una breve pausa, el pueblo se arroja precipitado á la escalera de los Jigantes. Al mismo tiempo aparece Salsfieri arriba, con el traje de Bravo, y con su máscara en la cara. El pueblo enmudece al mismo instante, y baja poco á poco las gradas, á medida que Salsfieri va bajando tambien con lentitud, y apartándose todos en silencio le abren camino, hasta que ha llegado á su puesto, junto á la coluna del Leon.

FIN DEL CUADRO 3.º



CUADRO CUARTO.

Oratorio en el palacio de Teodora.

Escena I.

LAURA, *y luego* LUIS, *que llama á la puerta.*

Lau. Voy. (*Abre.*) ¿Eres tú, Luis?

Luis. Si, yo soy.

Lau. Y á qué vienes aquí?

Luis. ¡Toma! No soy acáso el gondolero de confianza de la señora?...

Lau. No hay duda; pero me parece que el puesto de un gondolero, no es aquí seguramente.

Luis. Es en mi góndola, ya lo sé; pero he tratado de aprovechar el momento en que la señora Teodora está fuera de casa, para ver ese soberbio palacio que acaba de comprar, y del cual se habla tanto en Venecia. Vale mas estar aquí, y en tu amable compañía, que parado en la plazuela de san Márcos, recibiendo los empellones del numeroso gentío que acude á estas horas. Pero, por san Ambrosio que es bien merecida su alta reputacion.

Lau. Seguramente es así; pero callemos, que la señora ha llegado.

Luis. Es verdad.

Escena II.

Dichos y TEODORA *seguida de* BELMONTE.

Teo. ¿Quién es ese hombre?

Lau. Es, señora, el gondolero que V. S. acaba de tomar á su servicio.

Teo. Ah! si; dejadnos ahora: ya os llamaré. *(Vanse Luis y Laura.)*

Escena III.

TEODORA *y* BELMONTE.

Teo. Os hablo con franqueza, señor Conde: sois el hombre mas pesado de toda Venecia.

Bel. Mejor díriais el mas enamorado, bellísima Teodora.

Teo. En este caso, es una cosa verdaderamente triste, que un amor tan obstinado tenga que estrellarse sin remedio contra el escollo de una voluntad tan dura ya como la mia. A mí se me figura, que si esa perseverancia que empleais en amarme, la hubieseis puesto en ser un grande hombre, estariais ya á lo ménos á mitad de camino.

Bel. Y á mí se me figuraba que un apellido tan ilustre como el mio habia de ser de algun valor para con vos.

Teo. Lo seria, si no os empeñaseis en querer deberle todo vuestro mérito.

Bel. El apellido de los Belmontes está ins-

crito en la mesa de mármol y en el libro de oro, donde permanecerá tanto como Venecia se cuente por una de las ciudades del mundo, y se levante orgullosa y con la corona de soberana del Adriát c ».

Teo. Si Venecia lo es, yo soy la soberana de Venecia. Lo mismo que ella, poseo yo mis mesas de mármol, y mis libros de oro, en donde he hecho inscribir mil apellidos ilustres; pero esos vivirán en la posteridad, aun cuando Venecia no exista. Dirigid una mirada á esos cuadros, y leed el nombre de Miguel Angel debajo de esa sacra familia: el de Rafael, escrito en una pintura de nuestra señora de las Ruinas. Esta santa Cecilia, para cuyo cuadro he servido yo misma de modelo, tiene la rúbrica de Julio Romano. Ved, Conde de Belmonte, lo que llamo yo mis mesas de mármol. Leed ahora: aquí teneis un soneto del Guicciardino, una octava del Ariosto, una canzoneta del Trissino y una máxima de Maquiabelo. Tal es mi libro de oro. Todo esto se ha hecho para mí: por este motivo, os dije que era yo reina; y á buen seguro, que esta corona vale tanto como la del Dux. Pues bien, conde de Belmonte, todavía quedan lienzos y páginas en blanco: tomad una pluma ó un pincel; y añadid, si podeis, un floron á los que ya la engalanan.

Bel. Hay hombres, Teodora, que vinieron al mundo para hacer cuadros y libros, y otros para comprarlos ¿Tiene por ventura el palacio del mismo Dux algun cuadro que escite vuestra ambicion? Pues bien: yo le cubriré de oro para comprarlo. ¿Deseais el original manuscrito del Orlando Furioso del Ariosto, ó el del libro del Príncipe, del Maquiavelo? Hablad, y al punto iré á encontrar á sus autores, y por sus borradores les ofreceré la presilla de este

sombrero, suficiente para enriquecerles de modo que no necesiten de un vil oficio para vivir. Pero lo que es un pincel ó una pluma en mis manos, afearian de un modo lastimoso los cuarteles del escudo de un Belmonte.

Teo. Sea enhorabuena; pero en tal caso, empuñad la espada de Doria ó el puñal de Fiesco: combatid por la República: haceos general,... ó conspirador: en lugar de conde de Belmonte, apellidaos Belmonte el victorioso, ó Belmonte el proscrito: de un modo ú de otro, adquirid una celebridad; y entónces, venid á decirme: Teodora, Teodora, yo os amo, que Teodora será vuestra.

Bel. ¡Hablais de veras!

Teo. ¿No lo estais viendo?

Bel. Es decir que hasta entónces....

Teo. Si señor: hasta entónces será indispensable que os contenteis con comprar cadenas de oro, para las jóvenes que viven detras del puente de la Paglia, enfrente de la casa del gondolero Luis.

Bel. Quedo enterado, señora: seguiré vuestros consejos, y voy á llevársela desde este mismo instante. (*vase.*)

Escena IV.

TEODORA *sola, y luego* LAURA *y* LUIS.

Teo. Pierde cuidado, que yo estaré allí ántes que tú, conde de Belmonte; y puedes estar cierto que sabré encontrar un asilo tan retirado para ella, que no la vuelvas á descubrir. Ola, Laura, Luis. (*Llamando.*)

Lau. Señora? (*Saliendo.*)

Teo. Di á Luis que traiga al instante su góndola.

Lau. Luis? (*Llamàndole.*)

Luis. Señora? (*Saliendo.*)

Teo. Tienes que conducirme en frente de tu casa, á la del anciano Mafeo, detras del puente de la Paglia.

Luis. Vueseñoría va acáso á asistir al entierro de ese desgraciado?

Teo. De quién?

Luis. Del anciano Mafeo.

Teo. ¿Qué me dices?

Luis. Que le asesinaron ayer.

Teo. ¡A Mafeo!... ¿Y su hija? La jóven que vivia con él?

Luis. ¡Violeta!

Teo. Si, Violeta. ¿En dónde está? ¿Cuál es su paradero?

Luis. No sé: solo puedo deciros que un estrangero la ha puesto bajo su proteccion esta mañana, y se la ha llevado.

Teo. ¡Se la ha llevado, dices! ¡Dios mio! Esplícate mejor: tú deliras sin duda.... Yo no comprendo...

Luis. Yo os lo contaré todo. Ayer se asesinó á Mafeo en la góndola misma que os habia conducido desde su casa á vuestro palacio, y el asesino le echó en el gran canal: hoy se ha encontrado su cadáver junto á la orilla, y el pueblo ha acudido á la casa del difunto, de donde ha sacado á la jóven Violeta, conduciéndola hasta la plazuela de san Márcos, pidiendo justicia. Hallábase á la sazon un estrangero allí, y la ha adoptado. Esto último ha

sucedido, mientras vos estábais en la iglesia.

Teo. ¿Y quién es ese estrangero?

Luis. Un hombre que nos conoce á todos en Venecia; pero que en desquite nadie le conoce á él.

Teo. ¡Santos Cielos! ¿Qué corazon podrá resistir á tan tremendo golpe? ¿Y cuándo? ¿Y á qué hora el inexorable destino ha venido á traspasar mi pecho? ¿Cuando yo rezaba: ¿no es así? ¿Quién me hubiese dicho entónces lo que estaba pasando tan cerca de mi persona? ¡No mas que á dos pasos! ¡Infeliz de mí! ¿Y á quién podré dirigirme ahora en Venecia, para encontrar en su laberinto á una pobre niña, á mi Violeta? ¡Ah! Mis riquezas, mis tesoros, mis diamantes, mi palacio entero, todo, todo lo doy al que sepa indicarme el paradero de Violeta, de mi hija querida.

Luis. ¡Qué decis, señora!

Lau. ¡Vuestra hija!

Teo. Si, mi hija: ella lo es. Yo lá quiero... ¡Malvado!.. ¡Ah! Devolvedme á mi hija. *(Fuera de sí.)*

Luis. No hay en Venecia mas que un solo hombre capaz de conseguirlo, señora.

Teo. ¡Un solo hombre! traédmele aquí; que yo pueda abrazar sus rodillas para suplicárselo.

Luis. Vedle allá al pie de la coluna del Leon de san Márcos. (*Señalando desde la ventana.*)

Teo. ¡El Bravo!

Luis. El Bravo.

Teo. Corre pues á su encuentro, Luis; dile que una madre desconsolada implora su auxilio. Condúcemele aquí: vendrá, ¿no es verdad? Es indispensable que venga. Dile que soy rica, que pondré á su disposicion grandes tesoros... corre... vuela...

No te detengas.

Luis. Voy, señora. *(vase.)*

Escena v.

Dichos ménos LUIS.

Teo. ¡Ah! ¡Pobre hija mia! ¡Pobre Violeta! ¡Qué sacrificios no hará tu madre para recobrarte! El asesinato de Mafeo... ¡Quién sabe cuales pueden ser los cabos de esta trama infernal! ¡Ah! Bien! Ya estoy viendo á Luis, que se acerca al Bravo... Ya le habla... Aquí, aquí... ¿Qué es lo que veo? ¡Gran Dios! Se niega á ello! ¡Por Dios! Yo os lo ruego, os lo suplico de rodillas..... *(Le hace señas y se arrodilla.)* Ah! Yo misma.... yo misma iré á su encuentro.

Lau. Señora... ¿Qué proferís? ¡Vos ir á hablar á ese hombre, en medio del dia y en un parage tan público como la plazuela, á la vista de toda Venecia! Esto es imposible... Imposible... Mas vale que le escribais, y yo misma iré á entregarle el billete.

Teo. Dices bien. *(Se pone á escribir.)* «Mis riquezas, y mi vida son vuestros, si venis.» Llévale este billete: llévaselo.

Lau. Voy volando. *(vase.)*

Escena VI.

TEODORA *sola.*

¡Dios mio! ¡Dios mio! *(Postrándose en el reclinatorio.)* No abandones á esa pobre mujer en medio de las angustias de tan terrible consternacion. ¡Oh que infeliz soy! *(Se levanta y va á la ventana.)* Corre, Laura. *(Desde la ventana.)* ¡Ah! Ya le habla. Ya le entrega mi billete... El le pregunta si soy yo... Si, si...... ¡Ah! ¡Buen Dios! Ya viene. Si pende de ese hombre el hallazgo de la hija que me han arrebatado, yo la recobraré.... ¡Ah! Aquí está ya.....

Escena VII.

Dicha y SALSFIERI *de Bravo.*

Sals. ¿Esta esquela es vuestra, señora?
Teo. Si, es mia.
Sals. Y está escrita de vuestra mano?
Teo. Si: ahora acabo de hacerlo.
Sals. (¡Cielos! ¡Y es el mismo carácter que la carta hecha pedazos y olvidada en Génova.) Hablad. ¿Qué me quereis?
Teo. Mi hija.
Sals. ¡Ah! teneis una hija!
Teo. La tenia.
Sals. ¿Cómo no la teneis?
Teo. ¡Ah! Era un tesoro. La ocultaba á todo el mundo. No hace mas que quince dias que habia

mandado traerla á Venecia.

Sals. ¡De Génova!

Teo. Si.. con...

Sals. Con Mafeo. Y se llamaba....

Teo. Violeta.

Sals. ¡Violeta!

Teo. Pues bien: el pobre Mafeo ha muerto á manos de un asesino, y Violeta se ha desaparecido. Está perdida, robada...

Sals. ¡Perdida! ¡Robada! ¡Violeta!.. ¡Ah! Yo la sabré encontrar.

Teo. Si tal haces, si me me la devuelves, mira: cuanto quieras, mis bienes, mi sangre, mi vida, todo es tuyo.

Sals. ¿Me lo juras?

Teo. Si, te lo juro por lo que haya de mas sagrado en este mundo. Me dirijo á tí, porque dicen que tú debes saberlo todo. Un hombre... si... un hombre se la ha llevado esta mañana... ahí, en esa plaza.... á la vista de toda Venecia. Exijo pues de tí que me descubras á ese hombre, que le halles, que se la arrebates... Es un desconocido; pero nadie lo debe ser para tí: es forastero; pero dicen que nadie entra en Venecia, ó sale de su recinto, sin que te conste de donde viene, y á donde va. Por lo tanto....

Sals. Vive sin recelo. Haré cuanto sea dable para encontrarla, y no lo dudes.... La encontraré: pero tú tambien por tu parte me has de conceder lo que te pida.

Teo. Si; te lo concedo ya desde ahora: todo, todo. Lo he jurado, y este juramento es el de una madre: lo que hay de mas sagrado acá en la tierra, despues de Dios.

Sals. Bien está.

Teo. No hay que perder un solo momento. Búscala, si, búscala por toda Venecia, lo mismo que un avariento, á quien hubiese arrebatado su tesoro; como un amante a quien le robaron la amada. Palacios y cabañas, navíos y góndolas, muelles y calles, todo, todo lo debes registrar. Anda, corre, vuela... Y no vuelvas aquí sin Violeta. *(Empujándole para que se vaya.)*

Sals. Pierde cuidado; ó volveré con ella, ó pereceré en la demanda. *(vase.)*

Teo. ¡Dios mio! ¡Dios mio! *(vase.)*

FIN DEL CUADRO 4.°



CUADRO QUINTO.

Sigue la misma decoracion del primer cuadro

Escena I.

BRAVO *y* VIOLETA.

Bra. Que espectáculo tan interesante es el sueño de una jóven pura y bella! ¡ Y que maravilla el contemplar ese rostro de ánjel, donde la mano de los hombres no ha podido marchitar todavía la obra de Dios! ¡ Pobre niña! ¡ Perdida y abandonada! ¡Oh! justo era que yo te amparase, pues he sido quien te dejó huérfana. *(Contemplando á Violeta que duerme.)*

Vio. ¡ Dios mio! *(Dispertando)*

Bra. ¡ Hija mia !

Vio. ¿ En dónde estoy? A dónde me han conducido...

Bra. Pierde todo recelo.

Vio. ¡ Mafeo, Mafeo! *(Llamando.)*

Bra. ¡ Oh! no llames á ese anciano infeliz, porque se me figura que va á salir del sepulcro, para responderte.

Vio. ¿ Conque es cierto? ¡ Murió! ¡ Oh aleve asesino!

Bra. Cuantas voces oiré el dia del juicio *(ap.)*

4

final, clamando así al rededor de mí... ¡ *Asesino... asesino!...*

Vio. Perdonad; sé lo que os debo: me habeis amparado, cuando todos me habian abandonado. Como no era ya hora de estar abiertas las puertas del convento de santa María; me dijisteis: Hija mia, quieres aceptar el asilo que te ofrece hasta mañana tu segundo padre? Y consentí en permanecer bajo vuestra proteccion, porque estoy persuadida de que sois bueno; pero al despertarme hallándome sola aquí con un hombre desconocido, temblaba.

Bra. ¿Por tu vida?

Vio. ¡Oh! Eso no.

Bra. Ven hija mia, y mírame. Apénas he cumplido cuarenta y dos años, pero ¿viste á mi edad frentes tan arrugadas como la mia, caras tan pálidas? Mira, yo soy como esos árboles del Lido, sobre cuyas cimas rujieron tantas tempestades, y cuyos troncos se secan sin dar flor, ni fruto. Nada me queda ya aquí, mas que un pensamiento funesto, constante, y eterno. Nada tampoco aquí. *(Dandose en el corazon.)* sino un abismo sin fondo, donde los hombres lanzaron el crímen y Dios los remordimientos!

Vio. ¡El crímen y los remordimientos!

Bra. Si: son dos palabras de un lenguaje que te es desconocido.

Vio. ¿Y no de vos? ¡Dios mio!

Bra. Tu me le harás olvidar. Y en pago de lo que yo pudiere haber hecho por ti, solo una gracia te pido.

Vio. Hablad.

Bra. ¿Me permitirás ir al Convento que elijieres, verte alli dichosa y tranquila, oirte decir que me debes esa tranquilidad y esa dicha? Esta es la única que me es dable todavía esperar en este mun-

do, y á tí te la deberé, á tí, hija mia ¿Me la concederás?

Vio. ¿Podria negárosla la pobre huérfana, á quien habeis adoptado?

Bra. Gracias.

Vio. Pero ¿porqué me hablasteis ántes de crímenes y remordimientos? Vos que sois tan bueno tan jeneroso... ¿Recordais por ventura acontecimientos cuya memoria os aflije?

Bra. Al nacer los hombres, la fatalidad escribe su historia en un libro de hierro, todos los dias vuelve el tiempo una de sus hojas, y el hombre ejecuta á su pesar... lo que está escrito en él.

Vio. ¡Oh! ¿qué es lo que estais diciendo?

Bra. Tal es mi creencia desde que oi contar cierta historia que me heló el corazon... Historia horrible... ¡Violeta!.. Me quedan todavía algunos instantes que puedo pasar contigo, permíteme que te la refiera.

Vio. Si, si, hablad.

Bra. Oyeme pues: vivia en Venecia, no me acuerdo en que tiempo, un jóven de 26 años, rico, valiente, y pudiera igualmente llamarle feliz, sino le hubiese atormentado el recuerdo de un primer delito, delito sin duda de que Dios ha querido castigarle. Ese jóven tenia un padre á quien amaba con el mayor cariño. Cierto dia el jóven y su padre que habitaban fuera de Venecia, se vieron arrestados de órden del gobierno, acusándoles de hacer parte en una conspiracion, cuya existencia ignoraban: hízoseles comparecer ante el consejo de los Diez, y alli sin pruebas, sin testigos, por un derecho desconocido de Dios y de los hombres, pero que el tribunal se habia abrogado, se sentenció inicuamente al pa-

*

dre, y se puso en libertad al hijo. ¿Me oyes, hija mia?

Vio. Pero ¿qué hizo este?

Bra. Arrojóse á los pies de sus jueces, y ofreció su vida por la de su padre. Contestósele que la sentencia era justa, é irrevocable: que el hijo viviria, y que el padre habia de sufrir la pena de muerte.

Vio. ¡Qué horror!

Bra. No está aquí todo: óyeme: al regresar el jóven á su casa, encontró en ella al presidente del tribunal.

Vio. ¡Ah!

Bra. Era tambien un anciano.

Vio. ¿Sin duda le llevó el perdon del padre?

Bra. La República tenia necesidad de un hombre firme y decidido, de un hombre, cuyo brazo armado de sangriento puñal, hiriese á todos indistintamente, de un hombre, que á cualquier hora de la noche ejecutase, sin titubear, las sentencias de aquel tribunal horrible, en una palabra, un segundo verdugo; porque el primero no mata mas que de dia. Venia pues á prometer al jóven la vida de su padre, bajo la condicion de consentir en ser un asesino. Verdad es que se le permitia cubrirse el rostro con una máscara, si queria permanecer desconocido.

Vio. ¿Y el jóven desechó la oferta?

Bra. ¡Con horror! aquella misma noche se le permitió ver á su padre.

Vio. ¿El tribunal se habia apiadado tal vez?

Bra. No: al dia siguiente corre el jóven á la prision. Pero ¡qué horrible escena se presenta á su vista! El pregonero estaba debajo de las rejas, leyendo en alta voz la sentencia del tribunal. ¡Ah! ni el

padre ni el hijo perdieron una sola palabra. Aquel cayó sin sentido en el suelo, y entraron á decir á este que ya era tiempo de que se retirara. Al regresar á su casa halló otra vez al presidente del Tribunal, que volvía á proponerle de nuevo aquel pacto de sangre.

Vio. ¿Y se negó tambien?

Bra. Si: tambien. Al dia siguiente se le dió nuevo permiso para ir á ver á su padre: habianle puesto ya en otro calabozo, que daba á la plazuela. Los dos desgraciados se arrojaron llorando, el uno en los brazos del otro: á breve rato oyen un gran rumor en la plaza, dirijen allí sus miradas, y ven elevarse un cadalso: encima de él un hombre vestido de encarnado tenia una cuchilla en la mano, y abajo, en rededor, el numeroso pueblo aguardaba con impaciencia al infeliz que debia dejar allí su cabeza. ¡Ay! este infeliz era aquel anciano.

Vio. ¡Ah!

Bra. Aquella cabeza cana y venerable que el hijo estrechaba en su seno, iba á caer ante sus ojos; allí, allí mismo...

Vio. Oh! el hijo aceptó el trato que le proponia el tribunal.

Bra. Cubrió su rostro con una máscara... puso un puñal en su cintura... y fué á decir al consejo de los Diez... aquí me teneis, disponed de mí.

Vio. Y desde entónces?

Bra. Desde entónces quedó vendido á la venganza y al crímen; pero vivió su padre. Llegó á ser el teror y la execracion de Venecia... pero vivió su padre... todos los dias recibió nuevas órdenes para nuevos asesinatos... pero vivió su padre. No gozó por mas tiempo de sueño durante la noche, de

reposo durante el dia, no creyó ya en nada de lo que ántes tenia por sagrado; pero todas las tardes tenia el permiso de ver á su anciano padre. ¡Ah! A Dios, hija mia: es preciso que me vaya.

Vio. Y me dejais sola aquí?

Bra. No tienes nada que temer: nadie vendrá! Ademas, no abras, sino cuando oyeres tres golpes. Seré yo entónces. *(Vase.)*

Vio. Oh! si, tiene razon!.. Que historia tan horrible!.. Pero la voluntad de Dios, es incomprensible, y sus miras misteriosas y sagradas. ¿Que seria de mi si cuando me hallo sola no me postrase ante alguna imájen? Pero en vano busco (*Mirando á todos lados.*) aqui: ninguna veo en este cuarto... no importa... Dios mio, me habeis privado de mi padre y de mi madre, ántes que pudiese conocerlos; un hombre los habia sustituido, y le habeis llamado á vos: no me queda mas que un solo ser en la tierra por quien pueda rogaros, consedvad la vida á Salsfieri. Sera mi protector? *(oyendo tres golpes.)* Tan pronto de vuelta?.. No es posible! Sin embargo, me dijo que llamaria así. Abramos.

Escena II.

Dicha y SALSFIERI *en traje de Bravo.*

Vio. Ah! no es él!

Sals. ¡Una jóven aquí!.. ¡Violeta! ¡Que es lo que veo!

Vio. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Cómo sabeis mi nombre?

Sals. ¡Violeta aquí al lado mio! ¡Violeta per-

dida y hallada... Ah! ápesar de mi juramento, Violeta, delante de tí solamenle me quitaré mi máscara.

Vio. Salfieri!

Sals. Si Salfieri soy, que te busco para volverte á tu madre.

Vio. A mi madre? ¿Luego tengo madre todavía?

Sals. Si, Violeta, si: pero esto es un sueño! ¡una ilusion! Háblame, mírame, Violeta... ! Tu voz! ¡tus ojos!.. ¿No me has olvidado?

Vio. Rogaba á Dios por vos, y Dios me ha oido. Que dichosa soy ahora. ¿Pero porqué llevais esa mascara?

Sals. Esta mascara! ¿has olvidado que estoy proscrito en Venecia, y que soy perdido si me descubren?

Vio. ¡Ah!

Sals. Que me importa el peligro que corro, ahora que he vuelto á verte! ¡Y tu madre... tu madre, á quien he hallado.., á quien voy á entregarte, y que me ha ofrecido por tu vida, concederme lo que la pida.

Vio. ¿Y que le vais á pedir?

Sals. Mi dicha y la tuya: tu vida y la mia.

Vio. Conque leisteis en el espejo.

Sals. Si, leí « Venecia. »

Vio. Y al instante venisteis en mi seguimiento.

Sals. En el primer navío que se hizo á la vela.

Vio. ¡Estando proscrito!

Sals. Hubiera arrostrado mil muertes, por llegar donde tu estabas. Pero vamos, vamos.

Vio. ¡Partir!.. No puedo hacerlo sin dar gracias á mi bienhechor: sin decirle que he hallado á mi madre. ¿Y mi madre me quiere mucho?

Sals. Si.... sí.... ¡Pero de que bienhechor hablas?

Vio. Del que vive en esta casa. Es el que me ha amparado.

Sals. ¡Como ese hombre!... El Bra...

(Dando tres golpes.)

Vio. Ahi está. *(corriendo á la puerta.)*

Sals. Silencio, Violeta: entra en ese cuarto: dejame solo con él... Entra. *(Llaman otra vez: Violeta entra: Salsfieri abre.)*

Escena III.

SALSFIERI, BRAVO.

Bra. ¡Maldicion! Un hombre aquí!

Sals. ¿Y qué hay en eso que pueda sorprenderte, cuando soy yo?

Bra. En efecto: habia olvidado que sabias el modo de llamar á esta puerta. ¿Pero dónde está la joven?

Sals. Ahi dentro.

Bra. ¿La has dicho quien soy yo?

Sals. ¿Estaria aquí si te conociese?

Bra. Bien. Ahora dime que es lo que quieres tú?

Sals. La quiero á ella.

Bra. ¡Infeliz! ¡Qué pronuncias!

Sals. Si hubiese querido llevármela en tu ausencia, lo hubiera podido... pero habria sido burlar tu confianza, y faltar á la hospitalidad... He aguardado que volvieses.

Bra. ¿Y piensas que yo cederé á una peticion

tan descabellada?

Sals. Si.

Bra. Te has engañado. Esa jóven es mia y no la entregaré á nadie.

Sals. ¿Ni aun á su misma madre?

Bra. Á su madre!... No la tiene.

Sals. Acabo de separarme de ella, y vengo á pedírtela en su nombre. Ignorando que se hallase aquí, venia á decirte: Tú, que sabes cuanto pasa en Venecia, ayúdame á restituir una hija á su madre. Pero la encuentro aquí: me ha contado la muerte de Mafeo: me ha dicho que tú la habias adoptado, y he reconocido en ella á la que yo buscaba.

Bra. ¿Y me la pides en nombre de su madre?

Sals. En nombre de una madre desconsolada que se ha arrojado á mis pies.

Bra. Cosa muy sagrada es una madre.

Sals. Si... muy sagrada: una madre tiene sobre sus hijos unos derechos que nadie puede arrebatarle: esta sobre todo parece querer tanto á su hija...

Bra. ¿Y quién es? Dónde vive?

Sals. En el palacio que forma la esquina de la plazuela, en frente de la columna del Leon.

Bra. Ese es el palacio de Teodora?

Sals. Si: así se firmaba en el billete que me ha escrito. Su madre se llama Teodora.

Bra. Y quieres que la entregue su hija?

Sals. Lo pide de rodillas.

Bra. Ah! no lo estraño ya. Teodora reclama á su hija. La cortesana busca una discípula. Necesita legar á Venecia una muger que herede su nombradía, y su infamia.

Sals. ¿Qué dices?

Bra. Y tú te has encargado de restituir una

hija tan pura á una madre tan perdida?

Sals. Pero yo no sé nada de eso, ni...

Bra. ¿No lo sabes? Solo hay en Venecia dos reputaciones que corren parejas. La una es la de la cortesana Teodora, y la otra es la del Bravo.

Sals. ¡Dios mio!

Bra. ¡Ah! ¡Teodora, muger infame, alma corrompida! quieres á tu hija, para arrastrarla contigo al abismo, quieres á ese ángel, para arrancarle de su gloria, y sumergirla en tu infierno: y cuando Dios apiadado de tan hermosa y tímida criatura, la aleja de tus manos; en lugar de bendecir á ese Dios justo, pides que te la entreguen. ¿No es eso lo que te ha pedido?

Sals. Si.

Bra. Pues bien, yo mismo se la llevaré.

Sals. Yo soy quien se ha encargado de hacerlo.

Bra. Teodora te ha pedido que le busques á su hija. Anda pues á decirla que la encontrastes, que mañana se la presentaré; y que si quiere quedarse con ella, nadie se lo estorbará.

Sals. Pero si contra toda probabilidad, Violeta no quiere quedarse con su madre. ¿Qué harás?

Bra. Monasterios hay en Venecia. Elegirá el que mas la agrade.

Sals. ¿Y si me opongo á ese proyecto? ¿Si quiero obtenerla en el acto? porque has de saberlo; esa jóven es la que amo, es la que yo buscaba.

Bra. Para hacer de ella tu querida, ¿no es verdad? ¿Cómo ha de dar el noble Salsfieri su nombre á la hija de una cortesana? Si insistes en tal proyecto, te diré lo que ayer me decias tú á estas mismas horas: somos dos; tienes un puñal, yo otro: las armas son iguales. Pero dime: ¿No hice confianza

de ti? Pues hazla de mí ahora.

Sals. Ofrezco hacerla, como ántes me permitas consultar la voluntad de Violeta.

Bra. Consiento en ello.

Sals. ¿Y su voluntad será obedecida?

Bra. Puntualmente.

Sals. He aquí mi mano.

Bra. Ahora corre al lado de Teodora. ¿No debe dar una funcion esta noche?

Sals. Si; pero con motivo de la pérdida de su hija, tal vez...

Bra. Dile que ha parecido, que dé su baile.

Sals. En ti confio, pero mira...

Bra. Cuando ayer á estas horas te presentaste aquí, me dijiste que con una sola palabra podia matarte. Pues bien, tambien á mí una palabra puede serme mortal. Si te engaño, lleva al consejo de los Diez esa máscara y ese puñal. Acúsame y piérdeme.

Sals. Bien está.

Bra. A dios.

Sals. A dios. (*vase.*)

Escena IV.

BRAVO *y* VIOLETA.

Bra. Ven hija mia. (*Abriendo la puerta.*)

Vio. ¿Dónde está? (*Saliendo.*)

Bra. ¿Quién? ese jóven?

Vio. El que venia á buscarme en nombre de mi madre.

Bra. Se ha marchado.

Vio. ¿Y quedasteis convenidos?

Bra. Si, enteramente.

Vio. Con que me llevará á mi madre?

Bra. Yo soy el que te conduciré á su lado.

Vio. Teneis razon, á vos toca ûnicamente hacerlo.

Bra. Sígueme ahora.

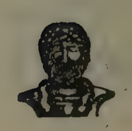
Vio. A dónde?

Bra. A buscar un trage para tí.

Vio. Un trage para mí?

Bra. Si, esta noche vamos á un baile de máscaras.

FIN DEL CUADRO 5.°



CUADRO SESTO.

El palacio de Teodora. Salas llenas de gente, soberbiamente alumbradas: arquitectura de capricho: combinacion de los tres estilos, Ático, Gótico y Morisco. Máscaras de todas clases y caprichos.

Escena 1.

El MARQUES DE RUFO; *el* CONDE DE BELMONTE: *caballeros jóvenes, máscaras: dos mujeres disfrazadas y procurando huir del marques de Rufo.*

Dama 1.ª Otra vez, aquí está ya otra vez.
Dama 2.ª Por Dios, caballero, dejadnos estar.
Ruf. Ya no me queda duda alguna: queria solo que hablases, lindísima veneciana, porque me faltaba esta última prueba para cerciorarme. Ahora ocúltate cuanto quieras: poco me importa: ya te he conocido.
Dama 1.ª ¡Ay Dios mio!
Ruf. Y á tí tambien, porque una de vosotras lleva una sortija que ayer vi comprar al proveditor Ordénigo... y la otra...
Dama 1.ª Por Dios, no digais mi nombre.
Ruf. ¿Ha podido daros permiso para venir á este baile el grave senador Zeno?
Dama 2.ª Hablad mas bajo, y prometednos guar-

dar secreto. Hace ocho dias que no se hablaba en Venecia mas que de la brillante funcion de Teodora. Deseábamos ver el palacio de la nueva Armida, Marques, y á pesar de este disfraz nos habeis conocido. Con una sola palabra podriais perdernos; pero esperamos que esta palabra no saldrá de vuestros labios.

Ruf. Os lo prometo, con tal que me permitais ser vuestro caballero toda la noche.

Dama 1.ª Nos vamos ahora mismo. Alejaos.

Ruf. Si así lo quereis, obedezco. A dios señoras, contad con mi discrecion.

Dama 1.ª Y vos con nuestro agradecimiento.

(Vuelven á marcharse entre el gentio.)

Ruf. Ah! mogigatas! Que caro os va á costar este secreto. ¡Ola! Laura.

Lau. ¿Caballero?

Ruf. Sigue todavía la órden para que huyas de mí?

Lau. Hasta que ceseis de perseguirme.

Ruf. Pero á dónde fuiste á buscar aquel maldito adivino que te daba el brazo?

Lau. Lo conozco lo mismo que vos.

Bel. Laura?

Lau. Señor?

Bel. ¿Tiene acáso tu ama el estilo de no dejarse ver en los bailes que da?

Lau. ¿Y tiene V. el de asistir á los bailes donde no le convidan?

Bel. ¿Quién lo duda? Todos los nobles de Venecia estamos convidados aquí de derecho.

Ruf. Por las respuestas de la camarera, se colije el mal estado de los asuntos del Conde. (*Ap.*) Amigo, me parece que ya podeis dejar el puesto.

(riendo

Bel. Eso es lo que quisierais, Marques. ¿No es verdad?

Escena II.

Dichos BRAVO *y* VIOLETA.

(El Bravo con la cara descubierta, Violeta con un gran velo que la cubre, llegan hasta donde están Rufo y Belmonte, y se paran á escuchar la conversacion.)

Ruf. Al contrario os buscaba para consolarnos á duo.

Bel. Por mi parte estoy decidido. La olvidaré, no la veré mas.

Ruf. Bien hecho, Conde. Pero á mí me cuesta mucho renunciar á la esperanza de que Teodora me quiera.

Bel. Pues bien, hagamos una escepcion: siempre es meritorio en la era de las generalidades.

Ruf. ¡Cuando me acuerdo de que unos miserables poetas y pintores han poseido el secreto de agradar á esa muger!...

Bel. Eso es cabalmente lo que la ha hecho cobrar aversion á los hombres de alta gerarquía.

Vio. Dios mio! ¿Que muger es la de que hablan así?

Bra. De la reina del baile.

Vio. ¿Y me conducis á semejante casa?

Bra. Cree, hija mia, que no lo hiciera á no haber un poderoso motivo.

Ruf. Belmonte, veis á ese hombre que es el único que está sin careta entre todos los demas?

Bel. ¡Como!.. ¡aquí tambien!... (*mirándole.*)

Ruf. ¿Le conoceis acáso?

Bel. Yo no; él si me conoce á mí: no le habia visto hasta esta mañana, pero por lo que me dijo debo creerle brujo ó demonio.

Ruf. Lleva del brazo una pareja de muy lindo talle.

Vio. Esos máscaras nos miran. (*con temor.*)

Bra. No te dé cuidado, no se acercarán.

Vio. No importa, vámonos de aquí, por Dios.

Escena III.

Dichos y TEODORA.

(*Gran rumor en el fondo: las máscaras corren: se oye circular el nombre de Teodora, que aparece rodeada de muchos caballeros jóvenes todos disfrazados.*)

Bel. Ah! señora, ¿sois acáso la estrella de Vénus, (*saliendo al encuentro.*) la última que aparece y la mas hermosa?

Teo. Ah! sois vos, Conde! Vamos: haya indulgencia... soy tan dichosa esta noche, que quiero que todo el mundo lo sea.

Ruf. Hablais de induljencia á Belmonte ¿Por qué no me prometeréis á mí la esperanza?...

Teo. ¿Sois vos Marques? Esta es una de las virtudes teologales: conservadlas como yo conservo á su hermana la caridad.

Ruf. Pero es que me falta la fé.

Teo. Yo os la otorgo. (*dándole la mano.*)

Ruf. ¡Oh señora!

Bel. ¿Con que yo soy el unico que esté en desgracia?

Teo. ¡Vos, conde!.. apesar de toda vuestra nobleza y orgullo, sois el último hombre á quien amaria.

Bel. Entónces aguardaré á que me toque mi turno.

Teo. ¡Eh! pero quien es este caballero, (*mirando al Bravo.*) que viene á mi casa con la cara descubierta?

Bel. Vos que conoceis á todos en Venecia, sacadnos de este apuro: señora, decidnos ¿quién es?

Teo. No le conozco. Ya que su señoría (*diri-jiéndose al Bravo.*) me favorece, asistiendo á mi baile, le doy mil gracias.

Bra. A pesar de no estar convidado.

Teo. En tal caso, os las doy duplicadas; porque traeis una graciosa pareja.

Bra. Que viene de la patria de Lais, para ver á Aspasia.

Teo. Luego es una rival que me presentais?

Bra. No; es una discípula que necesita esperiencia y consejos, y que viene á pedir luz al sol.

Teo. Siento que no estén aquí los bailarines Cipriotas, que ejecutarian en su presencia ese baile de amor que han apellidado Pírico, y que la traeria á la idea gratos recuerdos de aquel pais. Pero hemos hecho venir de España, de Sevilla, centro de Andalucia, varias parejas. Le agradarán sin duda los bailes que respiran el deleite.

Vio. ¡Qué lenguaje Dios mio! ¿Dónde estoy?

Bra. Callad.

Teo. Ola amigos, aqui somos todos gente de placer y de amor, como vosotros. Tenemos un sol

abrasador como el vuestro, que nos presta una imaginacion de fuego y un corazon ardiente. Veamos esos bailes andaluces, ante los cuales enmudecen envidiosos el walz tudesco, la mazurca polaca, y la tarántula napolitana. (*Todos se colocan en el círculo: las cuadrillas españolas ejecutan varios bailes nacionales, acompañados de los gritos y bravos de las máscaras: Violeta oculta su cara en el pecho del Bravo.*)

Bra. Decid á esta tierna jóven que mire ese baile, decidla que si gusta de seguir vuestras huellas, es preciso que aleje de sí los necios escrúpulos.

Teo. Vamos; regocijaos, contemplad nuestros bailes, alegraos con nosotros y participad de nuestra alegria.

Vio. Entónces, señora, prestadme vuestra careta, porque en breve mi valor no bastará para ocultar mi rubor.

Bra. Os dije que habiamos venido á tomar lecciones, señora y habeis empezado con egemplos. Aspasia el arte que egercia; los jardines y los palacios de su academia eran ménos ricos y ménos resplandecientes que los vuestros. Vamos, Aspasia, veamos. Alcibíades, Pericles os escuchan y no es de creer que á Sócrates se le cierre la puerta.

Bel. ¿Teodora, Teodora ois?

Ruf. ¿Es un desafío, señora?

Teo. Que yo acepto gustosa, caballeros.

Todos. Vamos, vamos, Aspasia.

Teo. Aspasia no debe hablar sino en la lengua de Safo. Laura mi arpa. (*Laura manda traer el arpa á Teodora, la cual se pone á tocar y canta.*)

Oh vosotros, que aspirais
A probar placer de amor,
Si su miel saboreais,
Si gustais de su dulzor;
Venid, venid,
Que la diosa de Citera
Os espera
Para la mas grata lid.

Bra. No teneis mas que decir?

Teo. Nada mas: he concluido.

Bra. Muger infernal, has empleado toda tu ciencia para que esta alma pura y cándida no pueda escapar á tu seduccion?

Teo. Toda.

Bra. Entónces, es tiempo ya de que concluya la leccion. Dios decidirá si debe ó no recoger sus frutos; pero es muy justo que tu recibas la recompensa. Violeta, ahi tienes á tu madre: (*arrancando la máscara á Teodora.*) Teodora, ahi tienes á tu hija. (*levantándole el velo.*)

Teo. ¡Dios mio! ¡Dios mio!

Vio. ¡Como! ¡Qué decis! ¡Vos mi madre!

Bra. Si, ella lo es.

Vio. Oh! no... no... no es posible.

Bra. Dìselo tú, Teodora: ya ves que no quiere darme crédito.

Bel. ¡Ola! la jóven de la Paglia! ¡Cuerpo de Cristo!

Ruf. ¿Sabeis que efectivamente es una maravilla? ¿Y en dónde nos ocultabais ese tesoro, Teodora?

Teo. ¡Dios mio! ¡Dios mio!

*

Bel. Ahora, hermosa jóven, ahora que has recibido tu leccion... será muy del caso...

Teo. Caballeros, que nadie se atreva á ultrajar á esta jóven de palabra, ni aun con la vista... Es mi hija, es verdad... si, yo soy su madre.

Vio. ¡Ah!

Teo. Señores, en nombre de vuestras madres y de vuestras hermanas, respetad á esta jóven.

Bel. Ya lo ois todos: respetad á la hija de Teodora. *(Todos se rien.)*

Teo. ¡Violeta, prenda querida! ¡hija mia! *(arrojándose en sus brazos.)* ¡Oh! ven á mis brazos; á ver si esos jóvenes insolentes se atreven á perseguirte hasta en ellos.

Bel. Vamos, basta, Teodora. Todo el mundo se pone triste: la música se suspende, las luces mismas se apagan. Vamos, di á la música que prosiga... manda que el baile continue, da la mano al marques de Rufo, y déjame la de tu hija.

Teo. Conde de Belmonte, os he rogado, os he pedido perdon anegada en lágrimas, y con la desesperacion en el pecho. Dios me lo hubiera concedido en lugar vuestro, y vos me insultais, sin ver que soy una muger que llora. Conde de Belmonte, sois un infame, un vil; y daria cuanto poseo, escepto á mi hija, por ser hombre, porque entónces os arrojaria á la cara esta máscara como lo hago ahora. *(Le cruza la cara con la máscara.)*

Bel. ¡Señora!

Teo. Salid señores, marchaos todos; á los unos se lo suplico, á los otros se lo mando. Se acabó el baile. Dejad llorar á una madre con su hija, á una hija con su madre.

Bel. Marques, una palabra. *(Riendo habla*

bajo á Rufo y hace como que se pone de acuerdo con él: un grupo de jóvenes los rodea.)

Bra. Violeta, ahí tienes á tu madre: aquí tienes á tu protector. ¿Prefieres quedarte con ella, ó te vuelves conmigo? Dilo tu misma.

Teo. ¡Oh! ¿No ves que está muriéndose? déjamela aunque no sea mas que hasta mañana, y si entonces quiere abandonarme.... ¡Infeliz de mí! te la llevarás. Pero mañana, mañana... mi hija me querrá.

Bra. ¡Dejarla aqui en medio de esos infames!

Teo. ¡Aun estais ahi, señores? ¿Que haceis en esta casa?

Bel. Buscamos pareja para Violeta. *(riendo.)*

Teo. Basta, Belmonte, basta, caballeros. Os he suplicado que os marcheis, y no lo habeis hecho: ahora os lo mando: salid el primero, Conde, estais en mi casa.

Bel. ¡Estamos en tu casa, Teodora! estamos en una hospedería elegante, en donde donde todo viagero es bien recibido por su oro. Estamos en nuestra casa. *(arrojando un bolsillo.)*.

Ruf. Belmonte, tiene razon, estamos en nuestra casa. *(hace lo mismo.)*

Teo. Oh Dios mio! Dios mio! ¿No bastan ya tantos ultrajes? Violeta, hija mia, acércate á esa puerta, vamos á huir de este palacio. *(en voz baja.)*

Bra. A donde quieres llevar á esta jóven?

Teo. A la casa de Mafeo. Tú nos guiarás, pero antes...

Bra. ¿Qué vas á hacer?

Bel. Vamos Teodora, dad la señal de baile.

Teo. Voy á hacerlo. Pediais ahora mismo música mas viva y alegre? La orquesta os obedecerá. ¿Bailes mas voluptuosos? Empezadlos. ¿Quereis lu-

minarias mas brillantes? Voy á daros una verdadera iluminacion. Abridme paso. (*Corre á uno de los salones del fondo, prende fuego y vuelve á la escena, arrojando la tea en la sala: gritos de terror.*

Bel. ¿Qué haces?

Teo. Nada: Atizo las luces que empezaban á apagarse.

Voces. Fuego, fuego! (*Incendio. Las máscaras acuden en tropel de las otras salas. Desorden.)*

Teo. Ahora quedaos, nobles señores: estais en vuestra casa. (*Pausa. Empuja á Violeta y al Bravo hacia una puerta de la derecha del espectador y desaparecen: tumulto, confusion.*

FIN DEL CUADRO 6.°



CUADRO SEPTIMO.

Un salon en casa de Mafeo. Teodora de rodillas delante de un reclinatorio. Traje sencillo de color oscuro.

Escena I.

TEODORA, *y* LAURA.

Lau. Señora, señora.

Teo. Ah! Eres tú... Laura!

Lau. Aqui està la cajita que me pedisteis.

Teo. Abrela, y entre esos brillantes escoge el que mejor te pareciere.... El de mas corto valor sobra para asegurarte una existencia feliz.

Lau. Porque me abandonais, señora?

Teo. Todo lo abandono, Laura, todo.

Lau. Y esa vida tan grata, tan lisongera?

Teo. La maldigo y detesto.

Lau. Las personas que os adoraban...

Teo. Me han perdido.

Lau. Tantas joyas, tantos brillantes, tantos aderezos... que son el orgullo de una muger...

Teo. Eran las cadenas que enlazaban mi alma con el infierno. Supe romperlas.

Lau. Vuestro palacio de la plazuela de san Marcos.

Teo. Las llamas le devoraron ayer, hoy está arruinado. Yo empezé la obra, el pueblo la concluyó.

Lau. El Pueblo!

Teo. Si, leon indómito que ruge contra su dueño, y que le defiende, porque sin duda piensa devorarle mas tarde.

Lau. Y que os quedará entónces?

Teo. En este mundo la penitencia.... en el otro la esperanza y Dios!...

Lau. Y yo, señora.

Teo. Te casarás con Luis.

Lau. Señora!..

Teo. Retirate, Laura....

Escena II.

TEODORA *y* VIOLETA.

Vio. Madre!

Teo. Dijiste madre, ¿no es verdad?

(levantase.)

Vio. Si... es un título sagrado, que la mano de Dios grava, en el corazon, y que no puede borrar la mano de los hombres.

Teo. Gracias, hija mia.

Vio. Y ademas, esos hombres os han calumniado sin duda, no es verdad?

Teo. No, hija mia; no: han dicho la verdad... y puedo confesarlo sin vergüenza, porque la muger de hoy, no es ya la de ayer.... porque al mirarme en mi hija, espejo puro y sagrado, limpié ayer mi corazon de sus vicios, como hoy he despojado mi cuerpo de sus galas. Si, para ti, y por ti, lo hé

abandonado todo, hija mia. Placer y vanidad. De rica y orgullosa que era, me he vuelto pobre y humilde... me despedí del mundo con una antorcha en la mano... insultando á los mas poderosos y nobles de Venecia. En fin, hollé con mis pies, lo pasado que era de la nada y del demonio, y he estendido mis brazos hasta el porvenir, que es mio y de Dios.

Vio. En ese porvenir ¿no olvidais á mí, madre mia? ¿No puedo yo nada para completar vuestra felicidad?

Teo. Tu puedes perdonarme.... y entónces... rica con tu perdon, me atreveré á pedir el del Cielo. *(Se arrodilla.)*

Vio. ¡Oh Dios mio! (*la sostiene en sus brazos.*) Vos que veis el cuadro de una madre puesta á los pies de su hija... ¡Dios mio! Acoged en vuestro seno las lágrimas de la una, y los ruegos de la otra; y pues implora vuestro perdon y el mio, perdonadla, señor, como yo la perdono.

Teo. Hija mia! (*sigue de rodillas.*)

Vio. Oh! En vuestros brazos, en vuestros brazos, madre mia. *(echándola en sus brazos.)*

Sale Laura. Señora, el estrangero de ayer está aquí.

Teo. Viene para llevarte, hija mia. ¿Consentirás en abandonarme?

Vio. Jamas, jamas. Veanos asi, y no se atreverá á separarnos.

Teo. Laura, dile que puede entrar.

Escena III.

Dichos y el BRAVO.

Teo. Mirad. (*Señala á Violeta.*)
Bra. Le dijiste quien eres?
Teo. Se lo he dicho todo.
Bra. ¿No la has ocultado nada de tu vida?
Teo. Nada.
Bra. ¿Y consiente en quedarse contigo?
Teo. Preguntádselo.
Bra. Violeta, sois libre, podeis ir á donde gusteis. Resolved vos misma.
Vio. A donde mi madre fuese allí iré yo.
Bra. Aqui teneis una órden del Consejo que os autoriza para entrar en el convento que gusteis elegir. Os lo repito, Violeta, tomad la órden y sois libre.
Vio. Tened, madre mia. (*se la entrega á su madre.*)
Teo. ¡Ya lo ves, ya lo ves! No he dicho una sola palabra... y su corazon se ha decidido.
Bra. Bien está. (*suspirando.*)
Teo. Cumplí yo mi palabra; ahora á ti te toca cumplir la tuya. Me prometiste dejarme á mi hija, si ella queria quedarse conmigo... No abuses de esta órden que has obtenido del consejo, déjame á mi hija.
Bra. Para eso es preciso que te haga una última pregunta; y reflexiona que junto con la respuesta necesito una prueba. ¿Violeta es de veras hija tuya?

Teo. ¿Eso me preguntas? Viste mi desesperacion y mi gozo... y me preguntas si es hija mia! ¡Oh! ¡Insensato! ¿Me ha preguntado ella si era yo su madre?

Bra. La juventud es crédula; pero la edad madura desengañada de todo es mas dificil de persuadir... Dame pues la prueba de que Violeta es tu hija... veamos.

Teo. La prueba? Mafeo solo podia dártela, y ese ha muerto.

Bra. Ya lo sé.

Teo. El desventurado Mafeo era el solo quien podia decir que es mi hija, porque me recogió ensangrentada y exánime, cuando yo estaba en cinta de ella.

Bra. ¡Ensangrentada dices!

Teo. Si: un hombre ciego de cólera en un arrebato de zelos...

Vio. ¡Oh madre mia! ¡Que acontecimiento!

Teo. Fué un drama terrible que empezó hace 16 años por una muerte, y acabó ayer por un asesinato.

Bra. ¡Diez y seis años hace!.. ¡Dios mio!.. Y diste á tu hija el nombre de Violeta!

Teo. ¿Porque te turbas? ¡Tanto interes tomas en este asunto!

Bra. Recuerdo un lance que oi contar... ¡Dios mio! sus facciones!... 16 años pueden mucho en una muger!

Vio. Oh! madre mia! Y cual fué el hombre bárbaro que pudo querer asesinaros?

Teo. Calla, hija mia, calla. Fué tu padre.

Vio. ¡Mi padre!

Teo. Toda su esperanza... Todas sus ilusiones

las habia puesto en mi... Apariencias funestas le engañaron: Vióme en brazos de un hermano mio que acababa de llegar de la America, y que él no conocia: juzgóme criminal; y juro por lo que hay de mas sagrado en el mundo que yo estaba inocente.

Bra. ¡Violeta tu estabas inocente! ¡Aquel hombre que te abrazó era hermano tuyo!

Teo. ¿De donde sabes tu que yo me llamo Violeta? cuando nadie me conoce, sino por Teodora.

Bra. Prosigue, prosigue. ¿Qué te importa de donde lo sé?

Teo. Era un jóven arrebatado é impetuoso.

Bra. Que se llamaba Juan Alberti. ¿No es verdad?

Teo. Pero de donde sabes tu que se llamaba asi?

Bra. Prosigue, prosigue.

Teo. Fué en una noche de tormenta, noche terrible! Tu padre entró con una tempestad en el alma, mas espantosa que la del Cielo... cuando le vi, pálido, fuera de si: con un puñal en la mano, me horrorizé en tanto grado, que no acerté á pronunciar una sola palabra, que no supe desengañarle, ni convencerle: ignoraba que me hubiese visto abrazada con un hombre; me arrojé á sus pies gritando perdon, perdon por mi hija.

Vio. Y entónces?

Bra. Entonces yo te crei culpable, y te di de puñaladas, no es asi?

Teo. ¡Tú! ¡Cielos! ¡Será posible!

Bra. Si: yo mismo: ¿cómo sabrias el motivo de mis zelos, si al herirte no te lo hubiese dicho yo mismo?

Teo. Es verdad; pero ¡cómo ha mudado tanto

tu fisonomia.

Bra. ¡Y á tí, quien habia de reconocerte! El esceso de desgracias en el uno, y de placeres en la otra, han alterado todas nuestras facciones y figura.

Teo. ¡Ay Alberti! Yo era inocente, esta niña es tu hija.

Bra. ¡Mi hija!

Vio. Oh! madre mia! padre mio! que nombre tan grato para mi corazon... ¡madre mia! padre mio!

Los dos. Hija mia querida!

Vio. Henos ya reunidos: nadie en el mundo nos separará, ¿no es verdad?

Los dos. Oh! no... nadie. *(Dan tres golpes á la puerta y todos se estremecen.)*

Bra. Un solo hombre puede llamar de este modo.

Teo. ¡El es!

Bra. ¡El es!

Teo. Alberti, ese hombre tiene una cosa que decirme á mi sola.

Bra. Sin embargo... es preciso que yo oiga lo que te diga.

Teo. Violeta, entra en ese cuarto, y tú escondete detras de ese tapiz.

Escena IV.

TEODORA, SALSFIERI, *el* BRAVO *escondido.*

Teo. Entrad.

Sals. Teodora, aqui estoy.

Teo. Ya os estaba aguardando.

Sals. ¿Quedan cumplidas por mi parte fielmente todas las condiciones de nuestro trato?

Teo. Todas.

Sals. Has recobrado á tu hija?

Teo. Si.

Sals. Es eso todo lo que me habias pedido?

Teo. Si, todo.

Sals. Te acuerdas pues de la promesa, del juramento que me hiciste?

Teo. Te juré por mi hija, que si me la devolvias, te daria cuanto pidieses.

Sals. ¿Y estás dispuesta á cumplirlo?

Teo. Este oro, estas joyas son tuyas... Di una palabra.

Sals. Quiero un tesoro mucho mas precioso para mi que todas esas riquezas.

Teo. Me haces estremecer. ¿Qué es lo que quieres?

Sals. Quiero á tu hija.

Teo. A mi Violeta... hallada ayer... quieres arrebatármela hoy.... ¿estás loco?

Sals. Quiero á tu hija.

Teo. Pero ya puedes figurarte muy bien que debes pedirme otra cosa, que te lo he ofrecido todo, y todo te lo daré.

Sals. Me juraste por tu hija, darme cuanto te pida, Teodora, y es ella misma lo que te pido.

Teo. Oh! Dios mio! pero por fin... si te lo suplico... si me arrojo á tus pies, si abrazo tus redillas... no tendrás compasion de una madre? Oh! hija mia! hija mia! Me cuesta mucho para que tu me la quites.

Sals. Es decir que yo he cumplido mi palabra, y que tu quieres faltar á la tuya!

Teo. Escucha: ahi llevas un puñal; mátame, y toma despues á mi hija, si quieres, pero ¡dartela yo!.. Jamás, jamás.

Sals. ¡Teodora!

Teo. Esa idea es insensata, descabellada... Creer que muger alguna puede amarte... por que si tu la obtuvieses seria para hacerla tu muger ó tu querida... Ella toda pureza... tú, todo sangre... Ella Violeta, tú el Bravo.

Sals. Y si yo no lo fuese? *(El Bravo sale y da sobre el hombro á Salsfieri.)*

Bra. Aun no son las doce, señor mio, y para creerte con derecho de reclamar palabras agenas, debes empezar por cumplir la tuya.

Teo. ¡Qué oigo! ¡Conoces á este hombre! *(Durante este coloquio Teodora se ha ido á colocar á la puerta de su hija.)*

Sals. Tienes razon! Pero hoy son tan lentas las horas...

Bra. Quizá caundo den las doce de la noche, te parecerá que el dia ha pasado muy pronto.

Sals. Pues bien, sea: á las doce nos volverémos á ver. Pero hasta entonces, Teodora, júrame...

Bra. No jures nada.

Sals. Teodora, te concedo hasta las doce... *(con fuerza.)* pero entónces me volverás á ver, y no habrá que decirme... Quieres oro, diamantes, palacios! No habrá que hacerme súplicas ni verter lágrimas... Serias una perjura; y Dios me confunda si dejo á su mano el cuidado de castigarte. *(vase.)*

Teo. ¡Ah! Dios mio! Dios mio! somos perdidos.

Bra. Todavia no, Teodora; dame todo tu oro... y... tus joyas.

Teo. Aqui están.

Bra. Juntaré á esto todo lo que poseo.

Teo. Pero ¿para que?

Bra. Para comprar á un carcelero.

Teo. ¡Á un carcelero!

Bra. Si: manda á Luis que prepare tu góndola.

Teo. Dentro de cinco minutos estará amarrada en el vestíbulo.

Bra. Y yo dentro de una hora estaré aqui.

Teo. ¡Oh! Alberti!.. salva á tu hija.

FIN DEL CUADRO 7.º



CUADRO OCTAVO.

El teatro representa un vestíbulo que da sobre el gran canal: á la izquierda la puerta del cuarto de Teodora: un poco mas adelante, al mismo lado, un pie de mármol que sostiene una lámpara y un reloj de arena: en frente á la derecha un banco de piedra: noche oscura.

Escena I.

El BRAVO *apoyado en una columna que da al gran canal.*

Sale Teodora. Alberti, que estás aguardando aquí?

Bra. A Luis.

Teo. Pero vente con nosotros, y cuando Luis llegue nos avisará.

Bra. No, no: debo verle sin perder un instante, porque el tiempo urge, debo cerciorarme si ha cumplido ecsactamente todos mis encargos... que le diga el lugar donde ha de aguardarme, para estar cierto de encontrarle, y partir en seguida.

Teo. Y adónde irémos?

Bra. No lo sé... al cabo del mundo si es preciso. Tu debes tener tantos deseos como yo de huir de Venecia, ciudad que no es ya un asilo seguro para ti.

Teo. ¿Pero porque pediste á Luis una góndola capaz de contener á cinco personas, si no somos mas que tres?

Bra. Es preciso que me lleve conmigo la cadena que me tiene esclavo en Venecia.

Teo. Siempre me respondes con ese lenguage misterioso que no puedo comprender... tu me ocultas algun secreto horrible...

Brá. Vuelvete al lado de nuestra hija, y dila que te cuente una historia que yo la he referido... la de un Bravo de Venecia.

Teo. Oh! ahora que pronuncias ese nombre de Bravo... quieres decirme que tienes tu que ver con ese hombre execrable?

Bra. ¡Qué tengo que ver con él!

Teo. ¿Te hallas bajo el peso de una proscripcion?..

Bra. Vete, muger... vete.

Teo. No sé en que consiste: pero me hallo encadenada y me parece que no saldré de Venecia... ¡Venecia! Ciudad maldita.

Bra. Van á dar las once. Vete por Dios y está pronta á partir tan luego como yo diere la señal, porque entonces un instante de tardanza podrá perdernos á los dos.

Teo. Pierde cuidado: estarémos prontos.

Bra. Bien, bien. *(rempujándola.)*

Escena II.

BRAVO *solo.*

Bra. Este Luis que no se deja ver todavia! Ah! ¿Será fiel á su promesa el carcelero? ¿Arries-

gará su vida por mi? Verdad es que con lo que le tengo prometido será rico y feliz, en cualquier parage del mundo que se refugie, tendrá hecha su fortuna: pero Violeta y Salsfieri... dos jóvenes desgraciados que se aman, y que voy á separar!.. Oh! Salsfieri despreciaria á la pobre jóven, si supiese que es hija de Teodora y del Bravo... Puede que se dignase aun hacerla su querida, pero su esposa jamás. Ah! Gracias á Dios. Luis llega. *(va hácia él.)*

Escena III.

Dicho y LUIS.

Bra. Está todo pronto?
Luis. Todo.
Bra. ¿Podrán caber en la góndola?..
Luis. Siete personas.
Bra. Siendo asi, no hagas ruido, y sobre todo cuida que no haya luz, apaga tu farol.
Luis. Y la multa de la policía?
Bra. Yo la pagaré. *(Luis va á apagar el farol.)* Bien está. Ahora no te muevas de este sitio: acuérdate que es necesario que te halle aqui, y á la primera señal...
Luis. Id sin cuidado.
Bra. Vamos. ¡Dios mio! protegednos. *(vase.)*

Escena IV.

LUIS, *poco despues* LAURA *y* SALSFIERI.

Luis. No ha sido mala precaucion haber apagado el farol... con eso la góndola que me seguia

desde que me salí de mi casa, me habrá perdido de vista; porque no hay duda que era yo á quien iba á los alcances... pero la maniobra, que ejecuté al llegar á la vuelta que hace el canal desbarató los planes del espia, de modo que ahora estoy seguro. Laura, Laura? *(Descúbrese á lo lejos la góndola que espiaba á la de Luis: llega y un hombre salta en tierra, mientras que Luis va á llamar á la puerta de Teodora.)*

Dentro Laura. ¿Quién llama?

Luis. Yo Laura. Di á tu señora que ya he llegado.

Dentro Lau. Bien... estate quieto y no despegues los labios. *(vase)*

Luis. Oh! Pierde cuidado; que no me moveré de aquí, ni diré á nadie en el mundo para quien es esta barca... primero me dejaria hacer mil pedazos... Ah! *(Al volverse descubre la otra barca.)*

Sals. Luis?

Luis. ¡El Bravo! *(haciendose atras.)*

Sals. ¿Esa barca es para la señora Teodora?

Luis. Si señor. *(con miedo.)*

Sals. ¿Quiere huir esta noche de Venecia?

Luis. Si señor.

Sals. Antes que den las doce?

Luis. Si señor.

Sals. Y tú eres el discreto gondolero que debe ponerla fuera de las lagunas?

Luis. Si señor.

Sals. Bien está yo me encargo de ese trabajo.

Luis. ¿Y yo, señor? *(con sobresalto.)*

Sals. Te embarcarás en otra góndola... que te llevará á tu casa, de donde no saldrás hasta que hayan dado las doce.

Luis. Bien está: señor.
Sals. ¿Lo entiendes?
Luis. Perfectamente, señor. (*entra en la barca y desaparece.)*

Escena V.

SALSFIERI, *y un* ESBIRRO.

Sals. Bien! No se me escaparán ahora, á no ser que el mismo Satanás ó este hombre les abra (*viendo alejarse á Luis.*) camino. *El Esbirro se acerca á Salsfieri mirando antes por todas partes.*)
Esb. Ah! por fin os encuentro, señor mio!
Sals. ¿Qué hombre es este?
Esb. Las órdenes del tribunal que clavan ahora en vuestra puerta, corren gran riesgo que se las lleve el viento... porque apenas acabais de salir de vuestra casa.
Sals. Esplícate ¿qué me quieres?
Esb. Una hora os queda para obedecer el consejo. (*Le da un pergamino sellado, y vase.*)

Escena VI.

SALSFIERI *solo.*

Sals. Una órden del Consejo!.. será de algun asesinato... ¡Qué hubiera sido de mí, si me la hubieran dado ayer! Las once y media... Gracias á Dios... tengo una hora para ejecutar esa órden, y dentro de media estaré libre... dentro de media hora

habré devuelto esta máscara y este puñal al verdadero Bravo. Violeta será libre, y vivirá dichosa lejos de Venecia, lejos de esta ciudad aborrecible... Pero abren esa puerta... á nuestro sitio.

Escena VII.

SALSFIERI, TEODORA, VIOLETA, LAURA *que salen con precaucion.*

Lau. No hay nadie señora, nadie mas que Luis, seguramente porque su barca está ya ahí. (*vase*)

Vio. Oh! madre mia.... Respiremos un instante el aire de este vestíbulo.. La noche está tan calorosa que no se puede parar un momento en esa habitacion.

Teo. ¡Que horrible es esa historia que acabas de contarme!

Vio. ¡Y el heroe de ella cuan desgraciado debe de ser!

Teo. Si... pero esas cosas pasan solo en Venecia, ciudad maldita, ciudad de placer, de llanto y de sangre. Alegrate, hija mia, pronto vamos á dejarla.

Vio. Para no volver mas?

Teo. Nunca, nunca.

Vio. ¡Dios mio!

Teo. ¡Suspiros, lágrimas!... ¡Cuando tu padre y yo te acompañamos, hija mia; qué causa oculta puede hacerte llorar, ni darte pesadumbre al ausentarnos de Venecia!

Vio. Madre mia, aquel sugeto por quien llo-

raba al salir de Génova...

Teo. ¿Ese jóven de quien me habló Mafeo, y que yo temia que amases cuando te hice venir á mi lado? Ya sabes que está en Génova.

Vio. Está en Venecia, madre mia.

Teo. Y le has vuelto á ver?

Vio. Ayer mismo.

Teo. ¡Imprudente! ¿Le amas, no es verdad?

Vio. Ah! si.

Teo. A un hombre que tal vez no te ama á tí.

Vio. ¡Que no me ama! Madre mia! ¡Salsfieri no me ama! Voy á daros una prueba que no admite réplica. Eecuchadme. El infeliz se halla proscrito por el consejo de Venecia, por ese tribunal que no perdona jamas: su cabeza está puesta á precio... Sin embargo, ¿lo creereis? por un simple indicio, por una palabra gravada con un diamante en un espejo, me ha seguido hasta Venecia en donde hasta el aire que respira es mortífero para él. El puñal de los esbirros, cadalso... todo lo ha despreciado por mi... ¿Creereis ahora que me ama?

Teo. ¡Desventurada!

Vio. Y ahora madre mia, tendré que ausentarme de Venecia sin participárselo! Sin hacerle saber en donde estoy! El va á permanecer en Venecia, solo, proscrito, y sin esperanza; y yo voy á partir... Ah! decidme, que causa nos precisa á partir, madre mia?

Teo. Yo misma no lo sé; tu padre es el que lo quiere: el solo puede aclarar este misterio que debe ser precisamente un secreto terrible, porque estaba muy agitado, muy pálido, y su voz muy alterada.

Escena VIII.

Dichas y el BRAVO.

Bra. Teodora... *(en voz baja.)*
Teo. Escucha... aqui viene.
Bra. Teodora, hija mia, no hay que perder *(muy pálido.)* un instante, idos, idos inmediatamente.
Vio. ¡Dios mio!
Bra. Idos digo... cada instante que pasa es un año... huid, huid.
Teo. ¿Y tu no vienes con nosotras?
Bra. Es imposible. Dios mio! Ah! y eso es lo que me desespera!
Teo. ¿Pero que te detiene en Venecia, cuando nosotras la abandonamos?
Bra. Una cadena de yerro... con círculo de sangre... Vamos infelices, venid.
Teo. Pero...
Bra. Teodora, quieres acompañar á tu hija? *(toma á Violeta en sus brazos y la lleva hácia la góndola.)*
Teo. Hasta el fin del universo!
Bra. Entonces ven. Luis, Luis? *(cerca de la góndola.)*
Sals. Aqui estoy, mi amo! *(se presenta.)*
Bra. ¡Salsfieri!... Maldicion! ¿Qué haces aqui?
Sals. Te aguardo....
Bra. Pues bien, aqui me tienes. *(saca el puñal.)*
Vio. Salsfieri..! Padre mio! perdon, madre mia! madre mia! mirad, este es el Salsfieri... Ayudadme, defendedme.

Bra. Oh! (*deja caer el puñal.*)

Teo. Defenderle! A quien ? á él? Y sabes tu quien es? Quien es este hombre ecsecrable?

Vio. Qué decis?

Teo. Infeliz! Es el Bravo...! (*arrojándola de sus brazos.*)

Vio. El.... el.... Oh! no. (*valuciente.*)

Bra. Ven, ven. (*coje á Violeta.*)

Sals. Detente.

Bra. Aun no han dado las doce.

Sals. Escucha. (*Suenan las primeras campanados de las* 12.)

Bra. Soy perdido!

Sals. La ultima campanada de las doce suena... Recobre cada cual su nombre y su cara. Toma esta máscara y este puñal.... Toma esta órden del consejo: media hora te queda para ejecutarla.

Teo. ¡Que oigo!

Sals. Teodora; te babias engañado: esta máscora no estaba hecha para mi rostro, sino para el suyo. (*colocándoselo el Bravo.*)

Teo. Tu, Alberti, tu, el Bravo!

Vio. Luego vos sois quien por salvar á vuestro padre....

Bra. Si... yo soy....

Vio. Oh padre mio! padre mio!

Sals. Tu, su padre!

Vio. Salsfieri! No le condeneis sin oirme. Mi padre por salvar al suyo...

Teo. Infeliz! Todo lo comprendo ahora.

Bra. Si... crei por algunos instantes que la venganza del cielo se habia aplacado, pero me engañé.... despertándose el anciano de repente y en medio de la noche no ha reconocido á su hijo, por-

que ha perdido el juicio.... ha creido que iban á llevarle al cadalso... para asesinarle... y cuando quise tomarle en mis brazos, se asió, gritando, de las barras de su reja, y con sus gritos ha despertado la guardia... Entonces me ha sido forzoso abandonarle allí postrado y moribundo..... Ah! Tal vez por querer salvarle, le habré dado la muerte. Yo, fuera de mi, y apurado por la hora fatal, he acudido aqui precipitadamente; os quise obligar á que partieseis ambas, para ocultaros al menos este secreto: el amor que mi hija profesa á Salsfieri hacia aun mas urgente esta marcha... porque la hija del Bravo....

Sals. Violeta me lo ha referido todo: dad la bendicion á vuestros hijos: se aman, y os piden que los unais.

Teo. ¡Qué oigo!

Bra. Salsfieri, eres un jóven noble y generoso.

Sals. Amo á Violeta.

Bra. ¿Y juras enlazarte con ella?....

Sals. Lo juro padre mio, y ya sabeis si sé cumplir mis juramentos.

Bra. Pues bien, escucha: las dos iban á partir, parte tu con ellas.... tu navío te espera en el golfo... segun me has dicho.... huid los tres de Venecia, dejadme á mi solo, y entregado á mi desesperacion.

Teo. Si, Alberti, si, tienes razon, partid hijos mios. Llevate tu á Violeta, llévala á Génova, á donde quieras, Salsfieri, con tal que nosotros sepamos vuestro paradero, y que nos querais.

Vio. Oh! Madre mia! Quereis abandonarme?

Teo. Y ese infeliz... ¿Se habia de quedar sin nadie que le acompañase? no: yo no lo permitiré: me quedaré á llorar con él.

Vio. Oh! Madre mia! Entonces nosotros nos

quedamos tambien.

Teo. ¡Pobre hija mia! Olvidaste ya que tu marido está proscrito?

Bra. Violeta... ¿No viste como Salsfieri me devolvia esta órden del consejo, diciéndome que no me quedaban mas que pocos instantes para ejecutarla? Sabe pues que es una órden de muerte... no la he abierto aun: ignoro todavía sobre quien descarga su terrible golpe... pero creeme Violeta, llevate de aqui á Salsfieri. Está proscrito, y á pesar de esto, tuvo el arrojo de poner de nuevo los pies en el territorio de Venecia.

Vio. Vos me horrorizais! Como! Y esa órden!..

Bra. Sea cual fuere, tendré que ejecutarla, porque la vida de mi padre depende de mi obediencia, y yo no quiero que mi padre muera.

(*Entretanto que Violeta se arroja en los brazos de Teodora, Bravo se pone la máscara. Violeta se vuelve y da un grito.*)

Vio. Ah! Huyamos Salsfieri, huyamos.

Escena IX.

Dichos y LUIS *que entra furtivamente en el vestíbulo.*

Bra. Luis.

Luis. Señor, he sido obediente: ya son mas de las doce.

Bra. Estos dos jóvenes van á embarcarse en tu góndola.... tu los conducirás fuera de Venecia, y los dejarás á bordo de un navio levantino que los espera á la entrada del golfo.

Luis. Asi lo haré, señor, con tal que la gón-

dola que acabo de encontrar y que me consta que pertenece al consejo de los Diez, no me lo estorbe.

Bra. La góndola del consejo.... ya lo oyes Salsfieri... no hay duda, á ti es á quien me ordenan matar.... te habran descubierto: ¿quien sabe si vienen á buscarte en esta misma casa.

Teo. Oh! Me asustas.... Idos, hijos mios, idos.

Bra. Todo està pronto, á dios.

Vio. A dios, madre mia. A dios! *(Al Bravo con voz dolorosa.)* A dios. (*Salsfieri y Violeta entran en la góndola de Luis y los conduce.*)

Escena x.

El BRAVO *y* TEODORA.

Teo. Dios les haga felices, y quiera darles su bendicion.

Bra. Y á nosotros valor y resistencia.

Teo. Oh! si... ¡Ah Dios mio!

Bra. Que tíenes?

Teo. Perdona... Pero me estremezco al pensar en esa órden que llevas.... y que yo misma toqué.

Bra. Escuchame, mi ecsistencia es ecsecrable y sangrienta.... antes que yo abra esta órden, que te horroriza.... Nuestros hijos aun no estaran muy léjos, ve á reunirte con ellos.

Teo. Nuestros hijos obedecen á su destino, obedezcamos nosotros al nuestro.

Bra. Pues bien. Ah! (*abre la órden, y se acerca á la luz á leerla.*)

Teo. Que es eso?

Bra. Vete Teodora, vete.. Puede que sea

tiempo todavia. Luis? (*llama con desesperacion.*)

Teo. Ya está muy léjos ahora, y la góndola del consejo muy cerca.

Bra. Si acaso he leido mal. ¡Que horror! ¡Ah! ¡Belmonte! ¡Belmonte! (*empuña convulsivamente el puñal.*)

Teo. ¿Qué es eso? dime, ¿qué es eso?

Bra. Que insultaste á ese hombre; que le llamaste vil é infame.... que le arrojaste tu máscara á la cara.... y que ese hombre se venga perversamente.

Teo. ¿Qué dices?

Bra. Lee.

Teo. «El consejo ha (*se acerca á la luz.*) «sentenciado á muerte á la incendiaria Teodora."

Bra. Teodora, ¿no te decia yo que partieses?

Teo. ¡Perdon! ¡Perdon! (*Los dos se miran horrorizados.*) ¿Qué es lo que digo? No: no escuches ese grito de sangre, ese grito de una flaca muger.... Alberti, acuérdate de tu padre.

Bra. ¡Yo! Jamas, jamas. Sé que van á matarle... A matarle... ¡Dios mio! Pero despues que el deseo de conservarle la vida me ha hecho derramar ya tanta sangre, la mayor parte inocente, sin duda; habia de coronar yo ese sin fin de iniquidades, dando muerte... clavando otra vez el puñal en el pecho de mi esposa!... ¡Oh! No jamas. Esta idea me hace estremecer. Me horroriza.

Teo. ¿Y si esos monstruos matan á tu padre?..

Bra. Si le matan sabré morir yo tambien.

Teo. ¡Morir tu! ¡Alberti!.. ¡Ah! No.

Bra. Haga ese tribunal sangriento lo que quiera: mate á mi padre, máteme á mi... todo lo puede hacer; pero no logrará que te quite la vida.

Tampoco podria vivir yo despues... ¡Ah!...

Teo. Si no cumples la órden infernal, perecereis entrambos. Ya se acercan. ¡Ah! si, si: mas vale que sea yo la que muera... mira, estoy ya cansada de la vida... de todo! Mi existencia á nadie le es necesaria... Dios ha decretado esta espiacion dolorosa, pero breve. Lo que Dios hace está bien hecho.

Bra. ¡Tribunal de muerte! ¡Tú me pusiste en la mano este puñal diciendome, *hiere;* pues bien, yo heriré!

Teo. ¡Qué dices!

Bra. Tambien puedo penetrar hasta en medio de vosotros, miserables, puedo herir hasta que el brazo se me canse... puedo bañarme en vuestra sangre aborrecible... y entónces... mi padre morirá... si; ya lo sé: yo moriré tambien, á lo ménos será completa mi venganza. Si: venganza, venganza.

Teo. Calla, calla. Si te oyesen... ¡Dios mio!... Miralos... ahi estan! Alberti, por Dios, tu padre, un pobre anciano... ¿Quieres que le arrastren hasta el pátibulo?

Bra. Déjame tu tambien, Teodora, déjame, ó pierdo el sentido. *(se deja caer desesperado en el banco.)*

Teo. Tu has tenido ya tu espiacion en este mundo, dejame á mi la mia. Permita Dios que mi sangre rescate la de un anciano, y lave mis culpas... Dejame á mi que soy muger impura, déjame ofrecerme en sacrificio; pues el cielo lo consiente.

Bra. Oh! desesperacion!

Teo. La góndola se ha parado. Ahi están yá... ahi... ¡que puedo yo darte en cambio de tanto amor, Alberti, de un amor que me lo sacrifica todo!

Nada mas que mi vida; ya que (*se arroja en sus brazos.*) tu no quieres tomarla... (*Le arrebata el puñal y se hiere. Aquí aparece el Esbirro.*)

Bra. Teodora, que has hecho!

Escena XI.

Dichos SENADOR *y* ESBIRRO.

Esb. Este es, señor.

Sen. ¡Alberti!

Teo. Oh! no le castigueis, ha cumplido la órden del tribunal. (*espira.*)

Sen. Alberti, la republica te devuelve tu juramento... estás libre... Tu padre ha muerto!!

Bra. ¡Mi padre ha muerto!... Muera tambien el hijo. (*se hiere.*)

FIN DEL DRAMA.

